
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LAS RATAS ESTAN LOCAS
CURTIS GARLAND

Fue una extraña invitación.

Al principio, era imposible imaginar su verdadera naturaleza. En realidad, hubiera sido imposible aun después, llegar a suponer lo que se ocultaba tras ella. Era algo rara, eso sí. Pero por el momento, nada más.

Cuando recibí el tarjetón dentro de su sobre lacrado, pensé en cualquier otra cosa menos en lo que realmente era. Un amigo mío iba a casarse pronto, y no había concretado aún la fecha. Imaginé que sería el anuncio de su boda. O algo parecido.

Abrí el sobre con la indiferencia habitual en la tarea, ya que uno es un periodista que igual escribe de sucesos que de política o ecos de sociedad, además de emprender largos viajes en busca de la noticia, como corresponsal. Por regla general, era invitado tantas veces, que la mayor parte de esas invitaciones quedaban olvidadas por completo, o asistía un interino en mi lugar.

Mi primera sorpresa fue cuando empecé a leer el tarjetón impreso.

Su texto era sorprendente.



Curtis Garland

Las ratas están locas

Bolsilibros: Selección Terror - 181

ePub r1.0
xico_weno 19.10.17

Título original: *Las ratas están locas*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

«Si al odio respondemos con el odio… ¿qué otra cosa nos quedará… sino odio?».

CONFUCIO

PRIMERA PARTE: Monstruos científicos

CAPÍTULO PRIMERO

FUE una extraña invitación.

Al principio, era imposible imaginar su verdadera naturaleza. En realidad, hubiera sido imposible aun después, llegar a suponer lo que se ocultaba tras ella. Era algo rara, eso sí. Pero por el momento, nada más.

Cuando recibí el tarjetón dentro de su sobre lacrado, pensé en cualquier otra cosa menos en lo que realmente era. Un amigo mío iba a casarse pronto, y no había concretado aún la fecha. Imaginé que sería el anuncio de su boda. O algo parecido.

Abrí el sobre con la indiferencia habitual en la tarea, ya que uno es un periodista que igual escribe de sucesos que de política o ecos de sociedad, además de emprender largos viajes en busca de la noticia, como corresponsal. Por regla general, era invitado tantas veces, que la mayor parte de esas invitaciones quedaban olvidadas por completo, o asistía un interino en mi lugar.

Mi primera sorpresa fue cuando empecé a leer el tarjetón impreso.

Su texto era sorprendente:

«El profesor Arístides Markiewicz, premio Nobel de química de 1986, invita a usted a la "Asamblea de la Ciencia", que tendrá lugar en su nueva residencia de las Montañas Rocosas, la noche de fin de año de 1988.

»A esta asamblea asistirán las más grandes personalidades científicas de nuestra época, para entrar en conocimiento del hallazgo científico más extraordinario de todos los tiempos.

»Esta invitación no es oficial, sino estrictamente privada, y se ruega a usted la mayor discreción al respecto. Tiene la garantía de haber sido escogido como *el único* periodista del país y del mundo, que asistirá a la "Asamblea de la Ciencia" y que, por tanto, podrá informar en exclusiva mundial. Esta condición se perdería

automáticamente, dando por anulada esta invitación, si usted cometiera el error de querer dar la más mínima información previa sobre esta invitación, su contenido o la existencia de la citada asamblea en la noche del 31 de diciembre del presente año.

»Firmado:

Alvin Kellerman, secretario del profesor Markiewicz».

«P. D. La hora de llegada a Denver (aeropuerto), será a las doce del mediodía de la fecha indicada. Desde allí, los invitados serán conducidos a la residencia del profesor. Sea puntual. Un retraso, significa la anulación de su invitación personal».

Ése era el mensaje Impreso, firmado por el tal Kellerman, secretario del que fuera Premio Nobel de Química, sólo dos años atrás. La personalidad del profesor Arístides Markiewicz, era mundialmente admirada. Creí recordar que se había especializado en investigaciones sobre los secretos genéticos y las evoluciones vitales, pero nunca he sido un experto en química, ni esperaba serlo.

Por supuesto, no tuve la más mínima duda. Asistiría a la Asamblea. A las doce en punto del mediodía, estaría en el aeropuerto de Denver, Colorado, para ser conducido a mí destino, con los restantes invitados. Y, desde luego, guardaría silencio mientras tanto, aunque ello resultara difícil, en especial para un periodista como yo.

El secreto de aquella reunión extraña, en tan extraña fecha como la escogida —un fin de año en un refugio de las Rocosas, rodeado de científicos, no era como para alentar demasiadas esperanzas de diversión—. Seguiría siendo eso precisamente: un secreto para todo el que no estuviera invitado a la misma. Quizá de aquello surgiera una noticia sensacional, capaz de elevarme a la cumbre de mi profesión.

Después de todo, me habían escogido a mí. Solamente a mí, en exclusiva. Ignoraba el por qué. Tal vez por mi popularidad de los últimos tiempos, por mis reportajes de asuntos de rabiosa actualidad. Pero esto era diferente. Podía ser trascendental en mi carrera y en mi futuro. No era cosa de echar por la borda una ocasión así.

Claro que eso traería problemas. Uno, sobre todo, fundamental: ese problema tenía nombre de mujer.

Crystal.

Crystal Jones no iba a entenderlo. Y Crystal Jones era mi prometida. Íbamos a casarnos precisamente en 1989. A ella no le gustaría que la noche de Año Nuevo, precisamente el umbral del año en que seríamos marido y mujer, la pasara lejos de ella, en una cuestión profesional. Además, tendría que guardar secreto sobre el lugar y el motivo de mi viaje. Eso, incluso, podría despertar suspicacias. No es que Crys fuera celosa. Pero a ninguna mujer le gusta que su novio la deje por motivos ignorados, tras haber hecho planes para pasar juntos la salida y entrada de año, en un sitio por cierto mucho más divertido y alegre que aquella residencia montañera del profesor Markiewicz.

Sí. Estaba seguro de que esa invitación extraña iba a crearme problemas. Yo no sabía aún cuántos, por supuesto. De haberlo sabido, no sé lo que hubiera hecho. Probablemente, ir a pesar de todo. Creo que era el destino. Y nadie puede rebelarse contra su destino, aunque haya quien diga, como Bertold Brecht, que «el hombre es el único ser viviente que puede cambiar su propio destino».

De momento, ya existía el problema llamado Crystal. Y ése era el primero que debía de abordar del mejor modo posible. Porque, a fin de cuentas, ya estábamos a principios de diciembre. Y los malos tragos, cuanto antes se pasen, tanto mejor…

* * *

La cosa parecía ir mejor de lo previsto. Mucho mejor.

Crystal había bajado su rubia cabeza, como si contemplara atentamente el suelo de la cafetería, o la punta de sus blancas botas brillantes ajustadas hasta medio muslo, dejando que la corta falda a la moda, exhibiera el otro medio. Lo cual valía la pena, cuando se tienen unas piernas tan bonitas como las de Crystal Jones.

—De modo que debemos anular nuestra reserva de mesa en Galaxy —comentó.

—Sí —suspiré—. Lo siento, Crystal. Lo siento muy de veras. Yo…

—Claro, Alex —me interrumpió—. No tengo la menor duda de que lo sientes. Todo estaba preparado para esa noche. Imagino que ha de ser algo importante lo que te obliga a cambiar de planes.

—Muy importante —asentí, algo sorprendido por su modo de

encajar la noticia—. Es un asunto profesional. Y, además, estrictamente confidencial.

—¿Ni siquiera yo puedo saberlo?

—Ni tú, ni nadie. Solamente yo.

—Entiendo. ¿Algo del Gobierno? —Me miró ahora, enarcando sus cloradas cejas sobre los bellos y profundos ojos verdes.

—No… No es eso, Crys. No es el Gobierno. Pero se trata de algo decisivo en mi carrera. Puede… puede ser trascendental para nosotros. Alguien me eligió entre cientos, entre miles de profesionales de la información. No puedo decirte más. Será exclusivo. La gran exclusiva de la época, quizá.

—Suena a algo tremendamente importante, Alex —parecía dubitativa, como si no acabara de comprender la magnitud del hecho.

—Lo es. No sabía qué hacer al principio. Luego pensé…

—Pensaste bien —sus labios carnosos dibujaron una sonrisa cautivadora. Puso su mano en la mía. El diminuto reloj electrónico de su dedo índice, parpadeaba con sus cifras luminosas, marcando el paso de los segundos y minutos—. Una noche de Año Nuevo puede celebrarse en cualquier momento. Nos resarciremos otro día. Una información trascendente, no admite espera. Debes cumplir con tu misión, Alex.

—¿De verdad… de verdad no te disgustas conmigo por esto? —Me sentí inseguro, como si su comprensión y tolerancia en el asunto me hubieran inquietado más que una escena de protesta o enfado.

—No, ¿por qué habría de hacerlo? —Pareció sorprendida—. Eres periodista, Alex. Uno de los mejores periodistas del país, estoy por decirte, sin que me ciegue la pasión. Es lógico que alguien te haya escogido a ti para algo excepcional, no lo dudes. Sería un error tremendo rechazar la oportunidad. Es tu deber. Pero además, es tu gran ocasión.

—Posiblemente no regrese hasta el día dos de enero, si todo va bien. El viaje es leí os. Ya te diré adónde, cuando se pueda hablar de ello libremente, Crys.

—Te estaré esperando, no lo dudes —sonrió ella sin dejar de mirarme. Y entonces me di cuenta de que era absolutamente sincera, de que, aunque le doliese el cambio de planes, no protestaría ni argumentaría cosa alguna para hacerme cambiar de

idea. En suma: parecía que se daba exacta cuenta de lo que podía esperar, uniendo su vida a un periodista. Y lo aceptaba tácticamente de buen grado—. Celebraremos nuestro Año Nuevo cuando regreses. Especialmente, si la noticia es tan sensacional como supones…

Sí. Yo suponía muchas cosas. Desde la posibilidad de que el profesor Markiewicz hubiese inventado la invisibilidad, hasta la posible victoria sobre la Muerte, con la eterna vida para el ser humano. Ambas cosas supondrían una revolución radical en la Humanidad, evidentemente. Pero podía haber cientos de cosas más, que significaran un paso gigantesco para la ciencia y, a la vez, el progreso humano.

Estaba haciendo volar mi imaginación. Pero, desde luego, no acerté ni de lejos con la verdad. De haber supuesto lo que iba a salir de la Asamblea de la Ciencia, creo que mi curiosidad se hubiera transformado en horror, y mis ilusiones en un escalofrío sin fin.

Afortunadamente para Crystal y para mí, en esos momentos seguimos haciendo proyectos, calculando cómo celebraríamos el nuevo año 1989, y cómo alcanzaría el cénit de mi carrera periodística. Creo que lo calculamos todo. Todo… menos lo que realmente sucedería después.

Lo cierto es que días después, mi curiosidad profesional había cedido mucho en intensidad, atraído por otros problemas y asuntos de actualidad, que casi me hicieron olvidar momentáneamente mi cita con el profesor Markiewicz en su refugio montañero de las Rocosas, en el último día de aquel mes y año.

Por entonces, en fechas anteriores a la Navidad, hubo un repentino peligro de guerra mundial, al romperse el equilibrio político internacional en dos puntos de nuestro planeta. Por fortuna, la cordura de las grandes potencias involucradas en el asunto, así como la mediación de las Naciones Unidas, evitaron la propagación del riesgo, localizado en áreas conflictivas de nuestro mundo, y el estallido bélico se redujo a un conflicto local, que terminó por ceder.

En otra ocasión, fue la crónica de sucesos la que se alimentó de novedades sensacionalistas, al desaparecer misteriosamente varios convictos de un grupo terrorista internacional, que habían sido condenados a muerte por un tribunal de determinado país, tras un

salvaje atentado en un aeropuerto y en un hotel de lujo, que causó la muerte de más de doscientas personas inocentes.

Los culpables, veinte en total, pertenecían a una llamada «Guerrilla de Activistas del Odio», grupo absurdo —como tantas absurdas cosas de nuestra época, nacidas a raíz de la posguerra tras la segunda gran contienda mundial, allá por los años cincuenta—, cuya única motivación para el terrorismo y la destrucción… era solamente el odio.

Odio.

Sólo eso. Recordé, al evadirse, que les había entrevistado en la prisión militar donde esperaban ser juzgados por sus crímenes estúpidos y sangrientos, y su indiferencia, incluso su sarcasmo y buen humor tras la masacre, me helaron la sangre en las venas. No, no tenían miedo a morir ni a pasar el resto de sus días en prisión. No les preocupaba nada. Eran suicidas, gente mentalizada para matar y morir. Ni siquiera les movía una idea política, un ideal anarquista o un lucro por servir al terrorismo internacional. Nada de eso. Sencillamente, odiaban a la Humanidad. Odiaban a todos, no sé si por convicción, o porque, pese a su sorprendente juventud, habían sido manipulados astutamente para que sus cerebros sólo sintieran odio, afán de matar a cuanta gente pudieran.

Se les condenó a muerte. A los veinte. Porque había ocho más, pero ésos murieron en la batalla entablada luego con las fuerzas de seguridad, o se suicidaron brutalmente, antes de ser capturados. Los veinte supervivientes, confesos y convictos, fueron sentenciados a la pena capital, que se había restablecido en mucho países, rompiendo toda norma civilizada de nuestras últimas décadas, a causa del abuso de tales grupos aniquiladores.

No se les llegó a ejecutar. Los veinte terroristas desaparecieron. Cuando eran conducidos, en medio de enormes precauciones, al lugar de su ejecución, un comando suicida, posiblemente de su propia Guerrilla de Activistas del Odio, intervino, destruyendo a la potente escolta, provocando un caos terrible en la caravana, y rescatando a sus compañeros, que fueron evacuados por medio de helicópteros, y desaparecieron, sin dejar rastro.

Cuanto se intentó por dar con ellos, fue inútil. Prisioneros y comando de rescate parecían engullidos por el vacío, sin haber dejado tras sí la menor huella.

Fue una noticia sensacional y pesimista, que venía a indicarnos la gravedad de la situación en el mundo. Por el momento, los terroristas eran los más fuertes. Eso era grave. Muy grave.

Resultaba lógico, por tanto, que en esas fechas febriles, llegase uno a olvidar un asunto tan importante como el de la reunión de fin de año en las Montañas Rocosas.

Pero la recordé apenas pasaron las fechas navideñas, y la audaz operación de los terroristas cayó un poco en el olvido.

Por eso, el día 31 de diciembre, por la mañana, tomaba yo el primer avión hacia Denver, Colorado. Y a las diez en punto, ponía pie en el aeropuerto de la capital del Estado.

Aún tenía dos horas para aguardar. Puede acomodarme en la cafetería del aeropuerto, recordando con cierta nostalgia a Crystal, que esta noche pasaría el umbral del año sin mi compañía.

A las doce menos diez minutos, exactamente, se me aproximó un hombre a quien yo no había visto jamás. Se inclinó ante mí, cortésmente, y me habló con una sonrisa correcta:

—¿Señor Alexander Miller?

—Si —dije—. El mismo.

—Su credencial, por favor —pidió, añadiendo en tono de disculpa—: Perdone que tomemos ciertas precauciones. Las personas elegidas, deben identificarse previamente.

—Lo comprendo —asentí, exhibiendo mi documentación—. ¿Es suficiente?

—Sí, señor Miller. Por favor, acompáñeme. Debo conducirle a donde le esperan.

Le seguí. Un avión de una entidad privada, sin duda un vuelo chárter, esperaba en una de las pistas extremas del aeropuerto de Denver. No vi a nadie más alrededor mío, salvo al piloto sentado ante los mandos del avión, y a mí cortés acompañante que, deteniéndose junto a la escalerilla del aparato, me invitó:

—Suba, se lo ruego. Los demás ya esperan dentro… Moví la cabeza, afirmativo. Subí a bordo, portando mi único equipaje: un maletín de reducidas dimensiones, con mi material de trabajo, objetos de uso personal imprescindibles para pasar una noche fuera de casa, y una cámara colgando de mi hombro. No objetó nada a todo ello, y pronto me encontré a bordo. Me acomodé en un asiento de cola, observando minuciosamente a los otros cinco silenciosos

personajes que se acomodaban ya en los asientos delanteros del pequeño, moderno y confortable reactor.

Poco después, despegábamos de Denver, con destino a la importante cadena montañosa de las Rocosas.

Pero en realidad, nuestro destino era tan desconocido para mí, como el objeto de aquel extraño viaje, a fines del año 1988…

CAPÍTULO II

EL viaje no fue demasiado largo.

Volamos bastante alto, sobre las nubes. Traté de orientarme, y estaba seguro de que nuestra ruta era Oeste-Sudoeste. Es decir, debíamos trazar, si no estaba equivocado en mi sentido de la orientación, una diagonal nacía la divisoria con Utah, pero sin llegar a ella naturalmente. Sólo sobrevolando la cadena montañosa de las Rocosas, quizás no lejos de Canyon City. Los Pikes Peaks debían andar bajo nuestro pequeño reactor, no demasiado lejos, si no erraba en mis cálculos. Pero la gran altura y la densidad nubosa contribuían a desorientarme un poco.

Lo cierto es que el vuelo duró poco más de una hora. Luego, noté que perdíamos altura. Se nos pidió que abrocháramos los cinturones, apareciendo la indicación luminosa en la parte delantera del avión. Obedecimos todos.

Mientras ajustaba el cinturón, observaba a mis silenciosos compañeros de viaje. Todos ellos parecían dispuestos a no cambiar una sola palabra entre sí. Advertí que algunos de ellos eran de mi raza. Pero había también un oriental, posiblemente japonés. Y un negro elegantemente vestido. Los otros tres, eran de raza blanca, como yo. Ni una sola vez giraron la cabeza atrás para mirar hacia mí. Parecía no importarles demasiado mi presencia.

Evidentemente, eran invitados del profesor Markiewicz. Quizá hombres de ciencia. No conocía a ninguno de ellos, pero lo cierto es que tampoco los científicos eran mi especialidad ni lo habían sido nunca. Pese a todo, debían ser importantes. Muy importantes, a juzgar por el texto de la invitación recibida.

El avión descendió definitivamente. Ignoraba yo si había alguna pista de aterrizaje en medio de las Rocosas. Pero, evidentemente, debía haberla, aunque yo la desconociese. Porque estábamos ya posándonos en tierra, suavemente. Tal vez alguna meseta oculta

entre los picachos de las montañas.

—Estamos en nuestro punto de destino, señores —avisó con voz firme nuestro anfitrión a bordo, apareciendo en la puerta de comunicación con la cabina de pilotos. Pueden irse preparando. Todo está a punto, esperándoles a ustedes. Tendrán las mínimas molestias, sé lo aseguro.

Caminé hacia la salida cuando el aparato se detuvo.

Me siguieron los demás viajeros, recogiendo sus prendas de abrigo y sus ligeras maletas o portafolios. Entonces sí me parecieron conocidos dos de los occidentales de raza blanca que iban conmigo en aquel misterioso vuelo. Eran dos famosos premios Nobel también. Recordé vagamente sus personalidades: doctor Helmut Krauffman, experto en Biología. Y el doctor Arnold Campbell, el más famoso neurocirujano del mundo, premiado por la Academia sueca, en unión de otro célebre especialista en medicina mental, cuyo nombre no recordaba ahora, y que no figuraba en el reducido grupo de viajeros.

Abandonamos el avión. Mi hipótesis de la meseta o altiplanicie rodeada de cimas montañosas, se confirmó. En pleno corazón de las Rocosas, aquel llano resultaba sorprendente por su amplitud. Era un perfecto campo de aterrizaje para un avión como el nuestro, no demasiado grande ni de difícil maniobra.

Observé que había dos helicópteros esperándonos. Eran amplios, con cabina cuya capacidad máxima era de cinco hombres. Solamente había un piloto en cada uno. Por tanto, los seis podíamos ocupar ambas naves. Nuestro anfitrión agitó su mano, al pie de la escalerilla del avión.

—Bien, caballeros —habló con voz firme—. Les deseo una feliz estancia en Haytower, residencia del profesor Markiewicz. Yo me quedo aquí, para regresar a Denver. Volveremos a recogerles, cuando haya terminado su permanencia en la residencia. Hasta muy pronto.

Subimos a los helicópteros. Casualmente, yo lo hice con el doctor Krauffman, el biólogo premiado en Suecia. Y también con el oriental a quien desconocía, pero cuyas facciones, ahora cercanas a mí, identifiqué sin lugar a dudas. Era japonés, ciertamente.

Les mire. Me miraron. No hablamos ninguno una sola palabra. El piloto se limitó a agitar su cabeza, mirándonos a su vez desde

detrás de las gafas de piloto que, con el casco correspondiente, protegían su cabeza mientras conducía el helicóptero.

—¿Se encuentran todos bien? —preguntó, cortés—. ¿Necesita algo, alguno de ustedes?

Negamos con la cabeza. El helicóptero remontó el vuelo hacia las cumbres. Nos siguió el otro, muy cerca. La planicie quedó atrás, con el reactor que nos trajera desde Denver.

Sobrevolamos las montañas. El vuelo, esta vez, apenas si duró diez minutos, entre picachos nevados, abruptos barrancos y abismos aterradores. Me pregunté por qué un hombre como el profesor Markiewicz se había retirado a semejante lugar. Además, debía disponer de grandes recursos económicos, para manejar aviones, helicópteros, personal especializado y todo lo demás.

La cita empezaba a parecerme cada vez más extraña, inexplicable. ¿Qué se preparaba en la mansión de Markiewicz, a la que nuestro guía de Denver llamara Haytower? Que yo supiera, eso nada significaba. Torre Hay… Bien, pronto conoceríamos ese fantástico lugar adonde habíamos sido llamados.

Y así fue. Los helicópteros nos situaron sobre una terraza circular… que resultó ser la techumbre misma de Haytower. Poseía unos declives laterales y unos evaporadores de calor, para que la nieve, a aquellas alturas, no se acumulase sobre la terraza, creando un posible peligro de derrumbamiento.

A pesar de estar rodeados de cumbres nevadas, ni un copo de nieve aparecía en la húmeda superficie de la terraza que servía de helipuerto. Salimos los seis invitados de los dos helicópteros, una vez detenidas las hélices sobre nuestras cabezas. Contemplamos en silencio el majestuoso paisaje que nos rodeaba. Era como verse de repente en el propio techo del mundo, lejos de todo y de todos. Las nubes rozaban las cumbres, o las envolvían en brumas blancuzcas o grisáceas.

El aire cortaba en aquella altitud, agitando nuestros cabellos y ropas, y trayendo contra el rostro una caricia helada, como una navaja de afeitar. Me estaba preguntando por dónde podríamos entrar en la residencia del profesor Markiewicz, cuando se deslizó una escotilla silenciosa en el suelo mismo, a cosa de diez o doce yardas del helicóptero.

Y apareció una especie de ascensor o montacargas metálico, que

emergió al exterior, invitándonos a subir en él. Poseía capacidad sobrada para los seis. Nos miramos, pensativos. Luego, como de mutuo acuerdo, pese a nuestro común mutismo, nos acercamos al montacargas, y subimos en su plataforma. Apenas hicimos eso, se puso en movimiento descendente. La escotilla se cerró sobre nuestras cabezas, y el elevador bajó suavemente, sin prisas, sin producirnos sensación de vértigo alguna.

El descenso terminó prestamente con una brusca detención que, pese a todo, no resultaba violenta en exceso. Nuevamente cambiamos una mirada de evidente perplejidad. Un corredor bien iluminado se abría ante nosotros.

Y en él, un hombre alto, enjuto, bien vestido, nos esperaba. Hizo una leve inclinación de cortesía, y una sonrisa apareció en su rostro.

—Bienvenidos caballeros —dijo—. Soy Alvin Kellerman, secretario del profesor Arístides Markiewicz, su anfitrión. Están en Haytower, su residencia. Son sus huéspedes de honor, señores. Como tales, les ruego me sigan. Les mostraré sus habitaciones para descansar mientras permanecen aquí. Les será servido un refrigerio en sus alojamientos, y después serán dueños de sus actos, hasta la hora de la cena. Exactamente las ocho de la noche, momento en que el profesor Markiewicz se reunirá con ustedes, para una cena en su honor, durante la cual conocerán cuál es su gran descubrimiento, el más grande y magnífico de todos los tiempos. Un hallazgo científico que cambiará, sin duda, el curso del mundo. Síganme, por favor.

Le seguimos. Fue dejando, uno a uno, a todos mis compañeros. Oí mencionar sus nombres, a medida que les dejaba a la puerta de sus habitaciones. Confirmé dos de las identidades que había descubierto yo previamente: el doctor Krauffman, biólogo, y el doctor Campbell neurocirujano. Los otros tres resultaron ser también eminencias reconocidas mundialmente en sus especialidades: el tercer hombre blanco era Igor Yagolev, doctor en Bioquímica. En cuanto al japonés, supe que era Taro Samura, profesor en Parapsicología y Sofrología. Y el hombre de color, Jules Bakuma, un norteafricano doctorado en Zoología.

Evidentemente, yo era el más vulgar de los seis invitados. Cuando me quedé solo, caminando junto a Kellerman, lo hice notar, rompiendo el mutismo del grupo hasta entonces:

—Me gustaría saber qué pinto yo aquí, entre tanta eminencia…

Kellerman me dirigió una mirada sorprendida. Luego, sonrió.

—Por favor, señor Miller —dijo—. Usted es un notable periodista. Uno de los mejores. Cuando el profesor Markiewicz le ha elegido, ha sido por alguna razón.

—Yo nunca vi al profesor Markiewicz, salvo en la televisión —hice notar—. ¿De qué me podía conocer él?

—El profesor sabe muchas cosas. Y de muchas personas. Cuando lo hizo así, es porque así conviene a sus ideas. Esté seguro de que no debe sentirse acomplejado por, esas personalidades científicas que le rodean. Ellos son invitados activos. Usted, será quizá el notario histórico que pueda dar constancia de lo que aquí se diga y exponga hoy, señor Miller. Bien, ésta es su habitación. Puede asearse, ponerse cómodo… Tiene ropa dentro, para no estar sujeto a ropas incómodas. Se le servirá un refrigerio, como dije. Puede elegir lo que le guste, y pedirlo por el interfono. También tiene música ambiental, televisión y radio, a su entero gusto.

—No olvidan detalle ¿eh? —Hice notar—. ¿Conocen mi talla y medidas, para disponerme ropas?

—El profesor nunca olvida un detalle, usted lo dijo. Cada uno de ustedes tiene su ropa adecuada. Nos cuidamos de su talla para vestir y calzar, no lo dude. Le deseo una feliz estancia aquí. Cuando quiera, puede salir y pasear por el edificio libremente. Es como su casa, mientras permanezca en Haytower. Es libre de ir a donde guste. Pero no olvide que a las ocho en punto, vendré a recogerle para llevarle a la cena de honor que ha dispuesto el profesor Markiewicz para todos ustedes.

Me dejó en la habitación, alejándose. Entré, cerrando tras de mí. Era cierto. Las livianas, confortables ropas y zapatillas que había dispuestas, parecían ajustarse perfectamente a mis medidas.

Empecé a sentir cierta aprensión por todo aquello. La invitación, el viaje, la residencia en las cumbres, las medidas y recursos desplegados… Y ahora, esto. Todo eso parecía demasiado extraño. Insólito, diría yo.

Y a fin de cuentas… ¿para qué?

La respuesta, no llegaría hasta las ocho de la noche. De modo que valía más no hacer cálculos ni deducciones precipitadas. Esperaría.

Me aseé y cambié de ropas, siguiendo el consejo de Kellerman,

mientras escuchaba música ambiental, suave y casi sedante. Mis nervios la agradecieron. Y mi cuerpo relajado, también se sintió mucho mejor en aquellas ropas ligeras y casi acariciantes.

No sé por qué, a mí memoria llegó una vieja historia literaria. Un antiguo relato novelesco que hablaba de un lugar perdido entre montañas, donde uno se sentía más feliz y más sereno. Era una obra que hablaba de un sitio llamado Shangri-Lha, un monasterio tibetano donde virtualmente existía la juventud eterna y la auténtica felicidad del hombre, a causa de su falta de ambiciones, codicia e inquietudes, y la ausencia de violencias[1]…

Pero esto era sólo de momento. Me preguntaba si eso seguiría siendo igual después, cuando supiéramos todos lo que el profesor Markiewicz tenía que relatarnos. No podía remediarlo: sentía una rara inquietud, una especie de recelo que no sabía explicármelo.

Pensando en todo ello, apuré el refrigerio que solicité por el interfono, tras examinar una carta de menú realmente rica en variedad, y que me sirvió un silencioso criado de aire cortés y ceremonioso, uniformado de pantalón negro y chaqueta roja.

Después, resolví dar un paseo por la residencia montañera del profesor. En el fondo, creo que deseaba conocer cuanto me rodeaba, para estar seguro de si era algo bueno o malo lo que me esperaba en aquel lugar.

No es que esperase encontrar nada concreto que me confirmara una esperanza o un temor. Lo que quería era saber algo más de la sorprendente residencia del sabio. Aunque si existía algo misterioso o inconfesable allí, no sería fácil encontrarlo o intuirlo siquiera. De otro modo, no se nos autorizaría a deambular libremente por la torre.

Me encontré con otro de los invitados. Nos quedamos mirando, en uno de los largos corredores de curva extensión que parecían dar vueltas en torno a la torre de las Rocosas.

Era Taro Samura, el parapsicólogo japonés. Tras un momento de duda, sonrió apaciblemente. Me hizo una inclinación de cabeza.

—¿También usted siente curiosidad, señor? —preguntó en excelente inglés.

—Sí —admití, con una sonrisa—. También.

—¿Qué piensa usted de todo esto?

—No sé qué pensar —le estudié, curioso—. Creí que ustedes sí

sabían algo más que yo.

—Recibimos una invitación. Sabemos que el profesor realiza experimentos secretos sobre algo que no ha querido revelar a nadie. Para los que nos preocupa la ciencia, puede ser apasionante compartir su hallazgo. Después de todo, la Parapsicología también es una ciencia, aunque muchos lo nieguen.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero veo algo raro en esto, doctor Samura…

—¿Qué? —Los herméticos, astutos ojos almendrados me estudiaron desde el correcto rostro aceitunado, de negrísimos cabellos lisos.

—No lo sé… —Sacudió la cabeza—. ¿Ha observado nuestras especialidades respectivas? Un biólogo, un neurocirujano, un bioquímico, un zoólogo… y yo. El profesor es un químico notable, alguien fuera de serie. ¿Todo eso tiene algún sentido, al mezclarse?

—No soy científico, doctor —sonreí—. No puedo responderle con conocimiento de causa.

—Lo supongo. Pero yo puedo afirmárselo. Esto es ilógico. Si todos fuéramos químicos… o biólogos. Pero ¿qué pintan aquí Campbell, Bakuma… o yo mismo? El descubrimiento de Markiewicz no puede ser una mezcla de todo eso. Es imposible…

—En tal caso, saldremos de dudas esta misma noche. Creo que lo que el profesor tenga que relatamos, será lo que aclare las cosas.

—Sí, supongo que sí —el japonés llevaba prendas cómodas como las mías. Parecía intrigado por todo cuanto le rodeaba—. De todos modos, hay algo raro en todo esto. Usted, supongo, no es científico…

—No, no lo soy. Mi trabajo es escribir en los periódicos. No sé tampoco por qué estoy aquí. Pero el profesor parece saberlo. Espero impaciente la hora de la cena.

—Creo que eso nos pasa a todos. Por lo que pude observar, mis colegas están tan desconcertados como yo mismo, aunque no quieran admitirlo.

—¿Conoce usted personalmente al profesor Markiewicz, doctor Samura?

—No, nunca le vi, salvo en reportajes gráficos. Supongo que él tampoco me vio antes de ahora. Pero pensó en mí, y eso debería hacerme sentir halagado. Sin embargo…

No añadió más. Se alejó, en dirección opuesta a la mía. Me quedé mirándole, pensativo. No era yo solo quien se hacía preguntas y no obtenía respuestas. Al parecer, todos estábamos en una situación parecida. Expectantes, inquietos. Y hasta preocupados, creo.

Me tropecé también con Jules Bakuma, pero él ni siquiera me saludó o cambió palabra alguna conmigo. Se limitó a pasar de largo, con expresión meditativa en su oscuro rostro, joven e inteligente. El keniata era una eminencia en Zoología. Su país había sido una excelente escuela natural para su ciencia. Y yo, como Samura, me preguntaba qué diablos pintaba allí un zoólogo, en estos momentos.

Me llevé una pequeña sorpresa al encontrarme con algo que rompía la monotonía de tanto corredor curvo, perfectamente iluminado, dotado de una climatización perfecta, que hacía olvidar las nieves y el frío cierzo del exterior, pero harto irritante en su propia repetición. Todos los corredores parecían el mismo, como un laberinto en espiral, dentro de la torre montañera.

Aquello que cambiaba el ambiente, era un invernadero.

Un bello invernadero de muros de vidrio, iluminados interiormente, dando la ilusión de luz natural, pero sin serlo. Bajo la azulada claridad, diversas plantas y flores lucían esplendorosas, en un clima adecuado a su cultivo.

La entrada era libre. Nadie me impidió pasear entre las flores y plantas que se alineaban en macetones y jardineras de materiales plásticos de brillante colorido. Respiré con alivio aquella atmósfera aromática y fresca, que me hacía pensar en cualquier cosa menos en el hecho de hallarme en la cumbre de las Rocosas, rodeado de picachos, desfiladeros y hondonadas inaccesibles, donde la muerte podía ser incluso demasiado fácil…

Estaba contemplando embobado aquellas bellas flores, cuando la voz me sorprendió a mí espalda:

—¿Le gustan, señor Miller?

Giré la cabeza, sorprendido. Me quedé mirando a la persona que aparecía en el umbral de la entrada al invernadero azul.

Era una mujer.

La más bella y extraña mujer que jamás había visto. Más bella, incluso, *que* Crystal. Y muchísimo más sensual y provocativa,

ciertamente…

CAPÍTULO III

—SÍ —dije—. Me gustan.

—Lo supuse, al ver su forma de admirarle —sonrió. Y tenía una sonrisa turbadora, que hablaba de sensualidad, de voluptuosos deseos, de encendidas pasiones.

Era alta. Muy alta. Esbelta, de largas piernas, de cintura breve, de acentuadas caderas y opulentos senos. Cabello sedoso, largo, de un singular tono platinado, que parecía falso, artificioso, y quizá lo fuera. O quizá no. De repente me di cuenta de que con aquella mujer, uno no podía estar seguro de nada.

Los ojos eran fascinantes. Color ámbar, con destellos dorados, como si tuviera salpicaduras de oro dispersas por sus pupilas. Nariz recta, boca carnosa, de rictus desdeñoso y frío.

—¿Son suyas? —pregunté, por preguntar algo. Y me sorprendió acertar.

—Sí —dijo pestañeando—. Son mías. Adoro las flores. Y en este paraje, no es fácil cultivar un jardín.

—Lo comprendo muy bien —suspiré, estudiando el juego irisado de aquellas cromáticas, bellas y decorativas masas de flores de todo tipo, sin duda mimosamente cuidadas, día a día, por la fascinante desconocida.

—¿Es la única mujer en Haytower? —pregunté, no sé por qué razón.

—La única —afirmó—. Éste no es lugar adecuado para que vivan mujeres, ya se habrá dado usted cuenta, señor Miller.

—En efecto —la estudié, dominado por su belleza y magnetismo —. ¿Acaso es la esposa del profesor Markiewicz?

—¿Esposa del profesor? —soltó una brusca carcajada de melodioso sonido—. Oh, no, no. Él es mucho mayor que yo. Podría ser perfectamente mi padre. Pero tampoco lo es. Digamos que yo soy aquí… la colaboradora más íntima y personal del profesor.

¿Complacido señor Miller?

—Sí, gracias. Veo que conoce bien mi nombre. ¿Quién se lo dijo? Yo podría ser cualquier otro de los invitados.

—No. Usted es Alexander Miller. Alex Miller, firma como escritor —me dirigió una mirada profunda, envuelta en el celofán brillante de una leve sonrisa—. Conozco a todos ustedes. Poseo su ficha personal completa, su fotografía, sus datos. Ya le dije que soy el brazo derecho del profesor.

—Ya. El profesor no sé si será arrogante, deforme, guapo o feo —suspiré—. Lo que sí sé desde ahora, es que posee un brazo derecho realmente hermoso.

—Muy amable —se inclinó, con fría cortesía, como si no le gustaran demasiado los elogios—. ¿Se encuentra cómodo y a gusto aquí?

—Sí, ciertamente. Sólo que…

—¿Qué? —Sus dorados, chispeantes ojos, fulguraban misteriosamente.

—No sé… A veces me da la impresión de estar como… como *prisionero*.

—¿Prisionero? —Enarcó sus platinadas cejas con asombro—. ¿Cómo puede decir eso? Acudió por propia voluntad a una invitación. Es huésped del profesor. Y puede marcharse cuando guste. Nadie le retiene aquí por fuerza, señor Miller.

—Ya sé, ya sé… —Agité la cabeza—. No me haga caso. Ya le dije que es solo como una impresión. Supongo que no tiene el menor sentido.

—Ninguno —confirmó con sequedad—. Si desea irse de aquí, resolveré eso en un momento, Kellerman se ocupará de los detalles de su regreso a Denver y…

—No, no me iré —rechacé con un gestó—. Prefiero continuar aquí. Perdone si no me he expresado con acierto. Prefiero llegar hasta el fin. Sé que soy huésped del profesor, y no sería justo ofender así a mí anfitrión, señorita…

—No tiene que tratarme con protocolos, señor Miller —pareció olvidar ella el incidente verbal—. Mi nombre es Delta. Llámeme así.

—¿Delta? Curioso nombre… ¿Sólo Delta?

—Sólo Delta —volví a notar sequedad en su tono. Se encaminó a la salida del invernadero—. Bien, señor Miller. Hasta esta noche. A

las ocho, no lo olvide.

—No lo olvidaré —prometí—. Menos ahora, sabiendo que usted estará presente…

No respondió nada. Había salido del recinto de azulada luz, y se perdía su taconeo corredor adelante. La seguí, cansado de contemplar flores y respirar aromas. Pero ya no la vi. El dédalo de brillantes corredores la había engullido.

—Delta… —murmuré entre dientes—. Extraña mujer de extraño nombre…

Me encogí de hombros. Decidí regresar a mí habitación. Cuando estuve en ella, conecté la televisión. Debía ser un canal especial, posiblemente un circuito cerrado. Transmitía programas en color. Musicales y reportajes. Probé encontrar otro canal, y no lo conseguí. Cerré el televisor y puse música nuevamente.

Era estúpido, pensé. Pero seguía pareciéndome una celda. Una hermosa y confortable celda, en un raro cautiverio.

Delta tenía razón. Estaba allí por mi gusto. Había sido invitado. Podía irme, si quería. Y, sin embargo, algo me retenía allí. ¿Curiosidad profesional, instinto de periodista, interés por lo que iba a notificamos el profesor Markiewicz? ¿O una singular sugestión que me obligaba a permanecer en la torre de las Rocosas, sin saber por qué?

Fuera lo que fuere. Seguía pensando lo mismo.

Era como si estuviese prisionero.

A las ocho en punto se presentó Alvin Kellerman en mi estancia.

Poco después, me reunía con los demás viajeros del reactor. Los cinco científicos, tan intrigados como yo mismo, esperaban ante un nuevo elevador cilíndrico, fuertemente iluminado. Al unirme a ellos, en silencio, entramos todos en el elevador.

Kellerman nos acompañó esta vez, pulsando un botón. Descendimos algunas plantas. No muy velozmente. Calculé unas cuatro o cinco plantas. La torre era bastante alta, al parecer.

Otro corredor nos condujo a una puerta que se deslizó silenciosamente a ambos lados, en dos paneles plastificados. Un comedor brillantemente iluminado, con acuarios en sus muros, por los que desfilaban bellísimos y policromados ejemplares de fauna marina, entre algas, piedrecitas, y aguas iluminadas, nos recibió a los seis invitados.

Y en medio de la sala, ataviado con una larga bata de seda roja, que parecía una túnica, estaba nuestro anfitrión. El hombre que nos llevó hasta aquel nido de águilas en el corazón mismo de las Rocosas.

El profesor Arístides Markiewicz, el mejor químico del mundo, Premio Nobel en su especialidad.

Lo recordé en el acto. Alto, majestuoso, larga melena blanca, tez bronceada, ojos muy azules, blancas cejas y blanco bigote, nariz halconada, facciones graves y angulosas, con una expresión entre cordial y recelosa. Parecía sonreír, al tiempo que se mantenía en guardia, como si no se fiara de nada ni de nadie.

—Bienvenidos, caballeros —saludó, con su voz grave, profunda, de ricas inflexiones sonoras, llena de autoridad y de fuerza como él mismo—. Pasen, por favor. Vamos a comenzar la cena más trascendental a la que quizá asistan en toda su vida…

Le seguimos, tras estrechar uno a uno su mano. Un magnetismo profundo y absorbente parecía desprenderse de aquel hombre y envolvemos a todos. Creo que le hubiéramos obedecido en todo, de habernos ordenado en aquel momento un disparate.

Y lo cierto es que él no dijo nada, no se mostró altivo ni autoritario en momento alguno. Por el contrario, nos señaló con gesto afable la amplia mesa ovalada donde había sido dispuesta la cena, y observamos que cada lugar en la misma tenía un tarjetón con nuestros nombres respectivos.

Me sorprendí ver que ocupaba justamente el lado izquierdo, junto al profesor Markiewicz. El derecho era para Delta. Los demás, se alineaban en el resto de la mesa, como si el auténtico invitado de honor fuese yo. No hice comentario alguno, y me senté.

Los demás me imitaron. Delta apareció por una puerta lateral, majestuosamente ataviada, con una túnica bordada en plata sobre un negro aterciopelado. Esa indumentaria, y su platinada melena, hacían un juego fascinante.

—Señores, les presento a Delta, mi colaboradora y auxiliar más valiosa. Alguno de ustedes, creo que ya la conoce —me dirigió una vaga y rápida mirada, para terminar dando una palmada. Aparecieron varios servidores, ataviados con uniforme de camareros de lujo—. Empiecen a servir la cena, por favor.

Y comenzó el banquete. La riqueza y abundancia de las viandas,

su exquisita cocina y la calidad de los vinos, me impresionaron. Evidentemente, los europeos tenían mucha más sutileza para manjares y bebidas que nosotros, los americanos. Markiewicz, pese a sus años de residencia en los Estados Unidos, no podía ocultar que era europeo.

Observé una ausencia significativa: Alvin Kellerman no formaba parte de los comensales. Apenas nos dejó allí, desapareció por completo.

Pese a lo excelente de la cena, todos estábamos sin duda en una misma cosa: la información que el científico guardaba para el fin de la velada, con toda seguridad.

Esa información sabía yo que tenía que llegar, antes o después.

Y cuando hubimos terminado el café, el *brandy*, y todos fuimos obsequiados con cigarrillos o aromáticos cigarros, el profesor Markiewicz exhaló un profundo suspiro, nos miró a todos, uno por uno, y anunció con voz tranquila:

—Bien, caballeros… Antes de anunciarles lo que les tengo reservado sobre mi hallazgo científico, debo advertirles de algo, con toda honestidad.

Le miré, pensativo. Notaba en todos los demás la misma curiosidad que yo sentía. Y hasta un cierto desasosiego, ante la mirada centelleante del sabio y el gesto levemente sardónico de Delta, que parecía conocer a la perfección lo que aún nos era desconocido a todos nosotros.

—¿Qué es ello, profesor? —Era el doctor Helmut Krauffman el que preguntaba, sereno y cortés.

—Todos ustedes, caballeros, han ingerido algo muy especial en su cena.

—¿Qué? —masculló el doctor Campbell, repentinamente sobresaltado.

—Les confieso que he abusado un poco de su confianza, para mezclar algo en sus alimentos. Todos ustedes tomaron algo que desconocen. Todos… excepto uno.

—¿Quién? —quise saber, repentinamente alterado y en tensión.

—Precisamente usted, señor Miller —sonrió fríamente el científico, clavando en mí sus azules pupilas, frías como el hielo de las montañas que nos rodeaban.

—¿Yo? —jadeó, atónito—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ha

administrado a los demás, profesor?

No necesitó responderme. Inmediatamente, tuve la primera prueba de lo que había sido mezclado en los alimentos de aquella exquisita cena.

Y fue una prueba capaz de helar la sangre en las venas a cualquiera.

* * *

—¡Cerdo! —rugió la voz descompuesta—. ¡Debería matarle, maldita rata asquerosa…!

Y ante mi asombro, un hombre culto, educado y sobrio como Arnold Campbell, médico neurocirujano de fama mundial, aferró un cuchillo, como si fuese el escalpelo para una de sus portentosas intervenciones quirúrgicas, y se precipitó con él en su mano, sobre el anfitrión de la extraña cena.

Estuve seguro de que mataría a Markiewicz. Sus ojos dilatados, su gesto furioso, era de una claridad meridiana. Ansiaba matarle. Y estaba dispuesto a hacerlo. Con una furia, con un odio inconcebibles en un científico frío y sereno como él.

Eso no era lo peor, sino que los demás comensales se habían erguido en sus asientos, con expresión colérica, rezumando ira y violencia contra su anfitrión.

Y, sin embargo, éste sonreía. Sonreía extraña, fría, indiferentemente, contemplando a sus invitados con aire despectivo y casi burlón. No sabía lo que estaba sucediendo. Y menos aún lo que iba a suceder. Pero había algo en todo aquello que no me gustaba absolutamente nada.

Cuando el doctor Campbell quiso alcanzar con su arma blanca a Markiewicz sucedió lo inesperado. Éste alzó una mano. A la señal, algo sucedió, que me dejó perplejo y desconcertado.

La mesa pareció partirse en dos, formándose una recta grieta entre nosotros tres, el profesor, Delta y yo, y los otros cinco invitados. Rápidamente, algo se concretó ante nosotros. Algo transparente, invisible. Pero evidentemente tangible.

Chocó Campbell contra aquella especie de muro invisible, y su cuchillo sonó metálicamente, al golpear lo que parecía el propio aire. No pudo pasar. Se quedó aplastado, como los demás, contra aquello que nos dividía ahora.

—No veo nada… —susurré—. Pero hay algo ahí, separándonos

de los demás, ¿no es cierto?

—Sí, mi querido señor Miller —sonrió él, impávido—. Un muro que ellos no ven ni nosotros tampoco. Pero que existe. Una barrera magnética. No pueden atravesarla. Ni ellos ni objeto material alguno.

—Una barrera magnética… —contemplé a los cinco sabios, golpeándose estérilmente contra el muro magnético que habíase formado entre el sector de mesa donde nosotros nos acomodábamos, dejando dos tercios de ésta, con sus cinco restantes comensales al otro lado de la barrera invisible—. Profesor, ¿por qué? ¿Por qué esa barrera?

—Usted acaba de verlo —sonrió él—. Sólo nosotros tres estamos normales. Esa gente está enloquecida. Nos matarían ahora, sin vacilar.

—Pero ¿por qué? Ellos son personas civilizadas, usted quizá bromeaba antes…

—¿Bromear? —Enarcó las cejas, al repetir la palabra—. No, no, señor Miller. Yo no bromeaba en absoluto. Ni creo que usted piense así. Ellos… ellos tomaron algo que nosotros no teníamos mezclado en nuestros alimentos, es cierto.

—Pero… pero ¿qué? ¿Veneno, acaso?

—Hay cosas peores que el veneno, amigo mío —suspiró él—. Yo podía haber hablado de ello, sin convencer a nadie. Ahora, la prueba es evidente. Usted mismo la tiene ante sus ojos. Vea a esos cinco hombres. Cinco cerebros privilegiados. Cinco notabilidades científicas. Cinco caballeros, de educación y sensatez a toda prueba. Y, de repente, se precipitan todos contra mí, con el mejor neurocirujano del mundo a la cabeza, esgrimiendo un cuchillo para asesinarme sin vacilaciones. ¿Y todo por qué? Porque les dije que habían tomado algo especial. ¿Eso es suficiente? Usted, al menos, pensó que podía ser broma. Ellos, ni siquiera me concedieron el beneficio de la duda. Actuaron inmediatamente. Con violencia. Con odio.

—Ya lo veo —observé, aterrorizado, aquellos rostros, en otro tiempo inteligentes y serenos, convertidos en máscaras lívidas, reflejando toda la furia y el afán de destrucción imaginable. Como si de repente se hubieran convertido en fieras, en salvajes incontrolados. Moví la cabeza, observando que tanto él como Delta

continuaban impávidos, que el comedor mismo parecía enteramente normal, a excepción de aquella división en la mesa, por la cual pasaba la barrera magnética, aislándonos de los enfurecidos sabios. Y traté de averiguar algo, que más me intrigaba—: Pero… ¿pero qué les ha puesto usted a esos hombres en la comida, profesor Markiewicz?

—Un virus, señor Miller.

—¿Un virus? —repetí, atónito.

—Sí. He logrado sintetizar y producir un determinado virus, que puede ser inoculado en los alimentos o bebidas, simplemente por vía oral. También existen otros muchos medios. Pero quise experimentar esta noche el que usted ha visto, Miller. Con éxito total, naturalmente, como puede ver.

Miré perplejo y algo horrorizado a aquellos seres que, de repente, parecían haber retrocedido a tiempos de salvajismo y ferocidad animal. Seguían afanados, golpeando la muralla invisible hecha de radiaciones magnéticas. Y empezaban a mirarse entre sí, coléricos, como si se considerasen mutuamente culpables de todo cuanto les ocurría. No me gustó su expresión. Parecían una jauría, capaz de despedazarse entre sí al menor descuido.

—Pero… pero un virus… ¿de qué? —quise saber, angustiado.

El profesor Arístides Markiewicz me contempló largamente. Tras la pausa, durante la cual parecía estudiar mi estado de ánimo y mis sentimientos actuales minuciosamente —me pregunté si no estudiaría también mis pensamientos—, al fin se decidió a hablar con suave tono, con increíble naturalidad, como si lo que dijera careciese por completo de importancia:

—Es el virus del odio, mi querido amigo. Es odio lo que he inoculado en esa gente.

CAPÍTULO IV

—ODIO…

—Algo tan simple, sí. Tan primitivo… Odio. Solamente eso.

—Pero odio… ¿a qué, a quiénes?

—A todo. A todos. Odio a los demás. Odian, sin razón lógica alguna. Sin motivación. Sin nada. Odian… porque sus cerebros sólo sienten odio contra lo que no sea ellos mismos.

Una explicación simple y terrible. Odio. Sólo eso. Nada menos que eso. Odio irracional a los demás. Odio artificioso, creado por otra persona, e inoculado en todos ellos.

—¿Por qué? —murmuré, anonadado—. ¿Para qué? No tiene sentido… No puede haber hecho eso solamente por… por diversión o por simple experimento científico. Sería monstruoso, profesor. Usted no puede pretender ser un… un nuevo Frankenstein, ¿no es cierto?

—¡Frankenstein! —repitió el nombre del personaje creado por Mary Shelley hacía muchos, muchísimos años, con una carcajada despectiva. Luego, su modo de mirarme fue casi insultante—. Me decepciona usted, Miller… ¿De veras cree que la ciencia solamente puede crear monstruos, como se pensaba en la era victoriana o en tiempos de oscurantismo científico y cultural?

—No es eso, profesor. Usted es un eminente químico, ha obtenido el Nobel… ¿A qué está jugando ahora, produciendo esas reacciones violentas en los demás? ¿Por qué cultivar un virus del odio? ¿Por qué producirlo e inocularlo en los demás? ¿Qué ganará con eso?

—De momento, usted lo ha dicho: es el experimento. El primer paso. Como ve, ha resultado. Cinco hombres pacíficos se han convertido en fieras llenas de odio, Miller. Es la prueba de mi triunfo.

—Su triunfo… —le contemplé, desolado—. ¿Y luego? ¿Qué

piensa hacer con esos desdichados a los que ha reducido a la condición de bestias irreflexivas?

—No tema por ellos —sonrió—. Puedo volverles a su situación normal cuando lo desee. Fíjese bien: cuando lo desee, Miller. No antes. Si realmente deseo que sigan así, así seguirán todos ellos.

—¿Posee un antídoto, algo que destruya ese virus y sus efectos?

—Lo poseo, sí —me miró fríamente—. ¿Le preocupa eso?

—Me preocupa todo lo que afecte a los seres humanos, profesor. Creí que usted pensaría igual.

—A mí me preocupa la ciencia, Miller. Mi gran descubrimiento.

—¿Era ése? ¿El… el virus del odio, profesor?

—Sólo una parte de ello. La más pequeña, quizá. Mis afanes van mucho más lejos que ver convertidos a unos hombres en salvajes llenos de ira y de aversión a los demás.

—Me gustaría saber hasta dónde piensa llevar esto.

—Quizá lo sepa, Miller. Todo depende de que siga queriendo asistir como testigo de cuanto aquí suceda.

—Parece que no tengo elección. Si me marcho ahora, ¿qué puedo decir? Si refiero lo que usted ha hecho, difícilmente me creerán. Y aunque me crean, no ganaré nada. Seguiré sin saber qué pretende exactamente.

—De modo que prefiere seguir siendo mi invitado especial… —sonrió él, pensativo.

Estábamos reunidos ahora en un gabinete confortable y amplio, cercano al comedor donde tuviera lugar la alucinante experiencia de Markiewicz. Ambos charlábamos en solitario, separados por una mesa lacada, pequeña, sobre la cual reposaba la botella y dos copas de licor ambarino, dulce y suave.

—¿De verdad soy libre de marcharme cuando quiera? —pregunté de repente, clavando mis ojos en él.

—Sí, claro que puede hacerlo —trazó un gesto en el aire con su mano—. Miller, no es usted un prisionero. Sólo un invitado.

—Ya —fruncí el ceño—. ¿Y los demás? ¿Y esos cinco científicos colegas suyos? ¿Son también ellos *invitados*… o prisioneros?

—Deje de preocuparse de ellos. Piense sólo en sí mismo, Miller. ¿Quiere irse de aquí, realmente?

—No. No me iré… de momento. Pero me asusta lo que está haciendo.

—¿Por qué? —sonrió él, apacible.

—Porque no lo entiendo. Y lo que no entiendo, me produce siempre miedo.

—Miedo… —repitió la palabra, remarcándola extrañamente—. Es lo que domina actualmente a todos los humanos, Miller. Miedo a las guerras. Miedo a los Gobiernos. Miedo a la vida y a la muerte. Miedo a todo. Pero nadie lucha por acabar con las causas de ese mismo miedo que les atenaza.

—¿Usted sí?

—Yo estudio. Investigo. Doy pasos en una dirección concreta —se encogió de hombros—. Va a ser testigo de algo trascendental, Miller. Es un privilegiado. Ha tenido mucha suerte de ser invitado en esta ocasión, aunque no lo crea.

—Lo primero que he visto, no puedo decir que haya sido de mi agrado, profesor. De modo que es un mal principio.

—Que le guste o no, significa necesariamente cosa alguna. Los grandes hombres han sido siempre impopulares. El triunfo de la ciencia, no tiene por qué divertir o complacer a los demás.

—Lo cual significa que lo que se avecina, no va a ser agradable, ¿no es cierto?

—Quizá —se quedó contemplando el licor color ámbar en su copa, mientras tabaleaba, distraído, sobre la superficie lacada de la mesa—. Miller, yo no tengo que rendir cuentas a nadie por mi trabajo. No debo nada a persona alguna. El mundo no fue generoso conmigo.

—¿No? Es usted el mejor químico de la tierra. Le concedieron el máximo galardón… Es hombre rico, prestigioso, admirado… ¿Qué más puede pedir?

—Usted no lo entendería —suspiró—. Hay cosas que valen más que todo eso. Y el mundo se las quita a uno, le despoja de lo que más quiere… Por eso vivo aquí. Lejos de todo y de todos. Aislado. Procurando ser olvidado. Pero sin que yo olvide.

—Parece tener odio a algo o a alguien —comenté—. Como ellos, profesor. Como sus cobayas humanas de este experimento. ¿Acaso el virus del odio ha sido también inoculado en su persona?

—No, Miller. Ahí estriba la diferencia. Yo no necesito inocularme virus alguno… porque yo *siento odio,* sin necesidad de crearlo artificialmente.

—¿Odio? ¿A quién?

—Al mundo.

—¿A todo el mundo?

—Sí.

Me quedé boquiabierto. Mirándole, por si sonreía, demostrándome que bromeaba. No, no sonrió. No estaba bromeando. Era un hombre que decía la verdad. De repente, el fulgor extraño de sus ojos azules se me hizo inteligible. Supe qué significaba aquel destello frío y duro de sus pupilas celestes.

Era odio.

Un increíble, fantástico odio hacia algo. O hacia todo. Un odio irracional, devastador, casi inhumano. Su descubrimiento me aterró. Porque Markiewicz parecía querer centrar toda su obra en ese solo sentimiento.

Le estudié en silencio. Parecía saber lo que yo pensaba. Su sonrisa glacial reflejaba ironía, sarcasmo quizá. Yo hubiera dado algo por conocer sus pensamientos. Pero era difícil penetrar en aquella mente fría y lúcida como pocas.

—De modo que es eso… —murmuré al fin, lentamente.

—¿El qué? —me preguntó, seco.

—Usted… Usted quiere que los demás odien también. Pero ellos no tienen motivo. Y usted lo ha provocado artificialmente. Les ha inculcado su propio sentimiento. La química que es lo que usted domina a la perfección le ha servido de base.

—Es muy interesante su deducción, Miller. Siga, por favor. ¿Adónde le conduce su teoría sobre mis sentimientos y motivaciones?

—No lo sé. Y eso es lo que me asusta.

—¿Yo le asusto? —sonrió gravemente Markiewicz.

—Forzosamente —admití, con su resoplido—. Usted pretende hacer algo. Algo más que juguetear con cinco hombres notables, cinco científicos de fama mundial, haciendo de todos ellos un pequeño y horrible zoo, profesor. Usted va más lejos. Está dando sus primeros pasos, Sí, pero… ¿hacia *dónde*?

Él me miró apaciblemente, como si fuese un inofensivo burgués, durante una tertulia de sobremesa en un club de recreo. Y, sin embargo, cuando sus labios se abrieron, fue para modular palabras terribles. Palabras inauditas, en su propia simplicidad:

—Hacia un punto decisivo, mi querido amigo —sonrió—. Hacia *la destrucción* del mundo.

* * *

La destrucción del mundo…

Había esperado algo malo. Y me encontraba con lo peor. Lo peor de todo lo imaginable.

Quizá el auténtico fin del mundo. A manos de un hombre. Un solo hombre, lleno de odio.

Me costó entenderlo. Aún le daba vueltas a esas terribles palabras. Palabras pronunciadas por un hombre que había recibido un Nobel, un hombre de capacidad científica admirable. Por un genio de la química, cuyo rostro revelaba energía, autoridad y nobleza. ¿Qué pudo cambiar tanto a un hombre? ¿Qué tempestad se agitaba tras aquella apariencia de caballero frío e inmutable? ¿Cuál era la razón de su odio demoledor?

Demasiadas preguntas sin respuesta. Estaba desorientado por completo. Y ahora, sabía que mi miedo era real, que tenía una justificación absoluta. Era el miedo a lo ignorado, a lo que solamente había sido presentido. Y la realidad me confirmaba mis temores.

Un solo hombre, quería destruir al mundo. La idea parecía ridícula.

Pero yo no estaba seguro de que fuese sólo una idea demencial. Temía a Markiewicz. Algo en él me causaba horror e inquietud. Empezaba a creerle capaz de todo. Y no sólo porque ante mis propios ojos hubiera convertido en fieras llenas de odio a cinco científicos inteligentes y serenos. Había algo más. Algo que emanaba de él. De sus ojos centelleantes, ardientes y malignos.

No sabía la razón, pero estaba recogiendo mis ropas y mis útiles. Iba a cambiarme. Y a hacer el maletín. Me marchaba de Haytower.

—¿Qué está naciendo?

Alcé la cabeza, sobresaltado. No había oído deslizar la puerta, tan suave y silencioso fue su desplazamiento. Ya no estaba solo en la alcoba.

—Usted… —murmuré—. ¿Qué hace aquí?

—Vine a verle —sonrió Delta, enigmática y hermosa como siempre, erguida en el umbral—. ¿Es que piensa marcharse de aquí?

—Sí —la miré—. Supongo que van a prohibírmelo…

—¿Prohibírselo? ¿Por qué? Ya le dije que es nuestro invitado, no un prisionero.

—Resulta raro que me dejen marchar… sabiendo lo que sé.

—¿Y qué sabe usted? ¿Qué cinco hombres están llenos de odio?

—Sé algo más: que el profesor planea destruir el mundo.

—¿Y…?

—Podría revelar eso a todo el mundo, advertirles de lo que proyecta el profesor.

—Claro. Puede decírselo a todos. Pero ¿quién le creería?

Me quedé callado. Pensativo. Ella tenía razón. ¿Cómo iba a publicar yo en mi periódico que un hombre, uno solo, pretendía semejante locura? Nadie iba a admitirlo. Pensarían que yo estaba loco. Ni me harían caso siquiera. Las burlas serían generales. Ya me veía incluso con camisa de fuerza, si trataba de convencer al mundo de que el premio Nobel de Química, Arístides Markiewicz, pretendía aniquilar a toda la humanidad, guiado por un extraño odio, oscuro e inexplicable.

—Tiene razón —suspiré, apartando el maletín y las ropas—. No tiene objeto marcharse ya. Me quedaré hasta ver algo más de esta farsa, drama… o tragedia.

—Hará bien. No ha hecho sino levantarse el telón —sonrió Delta.

—Ya —estudié su inquietante, hermética belleza—. Primer acto… ¿A usted le gusta la función?

—Formo parte de ella. Represento mi papel, no soy espectadora. Me guste o no, debo llegar hasta el fin de la representación.

—¿Qué papel es el suyo, en tal caso?

—Ya lo sabe. Colaboro con el profesor. Soy su persona de confianza.

—¿Ha colaborado en ese virus de laboratorio?

—Yo no soy químico. Mi colaboración es humana, no científica.

—Eso no está muy claro.

—No tiene por qué estarlo para usted. Me basta con que lo esté para mí y para el profesor. Pero yo no he colaborado en su descubrimiento científico.

—¿Cree que ese descubrimiento va a servir de algo?

—No puedo leer el porvenir, Miller.

—El porvenir va a ser un holocausto. Usted ha oído a su jefe,

Delta. Quiere acabar con el mundo.

—Lo sé.

—¿Y está dispuesta a colaborar con él en una infamia semejante? —Para mí no es una infamia. Es su misión. Su tarea. La obra de toda una vida.

—¿Cree que puede ser misión de nadie, obra de una vida… acabar con la vida de todos los demás? —pregunté, asombrado.

—¿Por qué no le pregunta eso a los Gobiernos que, gustosamente, hubiesen llegado al desastre nuclear, de haber tenido la más mínima justificación para ello, Miller? —me replicó ella fríamente.

—Eso quedó atrás. No hay peligro de guerras. De haber sucedido algo así, hubiese sido monstruoso. E inútil. Porque lo malo de intentar destruir al mundo, es que uno mismo se destruye también. ¿Qué clase de revancha, de placer, puede significar destruir a la humanidad? ¿Complacerse luego en pisotear sus cenizas, con una carcajada de victoria? Pobre satisfacción puede ser ésa… porque los supervivientes no llegarían jamás a ninguna parte… salvo a su propio holocausto final.

—Todos hemos de morir —sentenció Delta—. No importa cómo ni cuándo. El profesor ha elegido su camino. Y tiene que recorrerlo.

—No. No ha elegido su camino —protesté—. Ha decidido el camino de todos nosotros. Y el de usted también. ¿Qué hará usted, Delta, cuando se vea sola con él, y quizá algún otro, si ese maníaco logra realmente su delirante objetivo?

—Supongo que esperar mi propio destino —habló ella, indiferente.

—¿Aunque sea la muerte?

—Aunque sea la muerte. Ya le dije que no me importa morir antes o después. Ni mejor o peor.

—¿Ni le importa que mueran miles de millones de seres?

—Si el profesor Markiewicz lo ha decidido así… no.

—¿Por qué? Él no es un dios. Sólo un hombre, un científico enloquecido por una idea de odio irracional…

—El quizá no sea un dios. Pero le obedezco en todo. Le seguiré. Hasta el fin. No me pregunte por qué. No me interesa encontrar una respuesta. Sé que es lo mejor que puedo hacer por él. Eso basta. Ahora, Miller… haga lo que quiera. Quédese o márchese. Pero

piense que, haga lo que haga, no evitará nunca el proyecto del profesor. Sólo hay una diferencia: si se va, será un muerto más, entre esos millones de seres. Si se queda, será testigo de la masacre.

—¿Y superviviente?

—Y superviviente… mientras el profesor así lo quiera. Como sus cinco nuevos aliados.

—¿Aliados? —me sorprendí—. ¿Llama aliados a esos cinco felices que han sido inoculados con un virus artificial que provoca el odio, y que han debido ser metidos en celdas aisladas, para que no se destruyan entre sí?

—Aunque le extrañe, son nuestros aliados. Ellos son ahora los que ayudarán al profesor Markiewicz. Porque él controlará y encauzará su odio hacia un objetivo que les satisfaga y colme sus deseos aniquiladores. Él les dará algo a hacer. El mundo entero, amigo Miller, sufrirá las consecuencias de la obra de… de sólo seis personas. De un genio de la ciencia… y de cinco seres que serán simple producto de su genialidad. Que, con su sabiduría, provocarán el caos mundial absoluto.

—Dios mío… —me dejé caer, anonadado, en un asiento. Tomé mi cabeza entre ambas manos. Y gemí, casi desesperado, como una letanía a la que no esperaba ninguna respuesta—: Pero ¿cómo? ¿Cómo? Nadie puede vencer al mundo por sí mismo. Ni el mayor genio es capaz de aniquilar a la humanidad toda, a menos que cuente con un Gobierno enloquecido como él… Pero, no obstante, yo tengo miedo… Yo temo que eso sea cierto, que las ideas demenciales de Markiewicz sean una realidad… Dios mío. Delta. ¿Qué piensa hacer el profesor para conseguir su objetivo? ¿Qué loca idea anida en su mente? ¿Cómo se puede destruir al planeta entero… sólo a base del virus del odio?

Ella me miraba larga, fijamente, con un gesto en el que casi leí compasión y algo de desprecio. Luego, con voz sorda, con una sencillez escalofriante, de nuevo me sacudió el mazazo brutal de una respuesta inconcebible.

—Mi querido Miller… El virus del odio sólo es el principio. Usted ha visto cómo pudo ser inoculado a cinco personas. Fácil y rápidamente. Sin problemas. Imagine, Miller… Imagine una humanidad infectada de odio. Destrozándose entre sí.

—Cielos, no… —Mi voz era un jadeo ronco y estremecido.

—Sí, Miller —los ojos ámbar y oro de Delta se clavaron en mí como dardos dorados, profundos y agudos—. Ellos mismos se destrozarán. El odio llegará a todos. Del modo más simple que puede imaginar.

—¿Cuál? —Me incorporé violentamente, hice un gesto airado, de protesta, de rechazo instintivo para la idea grotesca que ella pensaba—. ¡Nadie puede nacer eso, a menos que el virus se extienda en el aire mismo, y alcance a todos! ¡Pero alguien se dará cuenta, alguien aislará a los humanos, con tiempo suficiente para impedir que el virus destruya al género humano!

—No, Miller. Eso no sucederá. No habrá tiempo. La transmisión será rápida. Muy rápida. El ejército del profesor está a punto ya. Los conductores ideales del virus del odio están esperando su hora. Los hombres no podrán hacer nada por impedirlo. Cada agente portador, llevará el virus a una comunidad. Ésta, a su vez, transmitirá a las restantes. Y otros agentes correrán va entonces al encuentro de nuevos núcleos humanos… Está todo medido. Todo previsto. No tiene secreto alguno. No se podrá evitar.

—Si pudiera saber quiénes serán los… los «agentes portadores»… —gemí.

—¿Saberlo? —Ella rió suave y malévolamente—. Claro que puede saberlo, Miller.

—No diga tonterías —la miré, furioso—. Usted sabe que yo no puedo saberlo. Porque podría resolver marcharme de aquí. Irme ahora mismo. E informar a todos, denunciar los planes del profesor… ¡y así acabar con su maldito complot de loco suicida!

—Nadie va a impedir que se vaya, se lo dije ya —sonrió ella—. Puede hacer lo que quiera ahora mismo. Es más: le diré lo que va a suceder. Y puede irse. Puede propagarlo por doquier. No servirá de nada. Absolutamente de nada, Miller.

—No —rechacé—. Usted nunca me diría todo, el gran secreto del profesor. ¡No lo hará, a menos que sepa que me quedo aquí hasta el final de su abominable farsa!

—Se equivoca por completo —algo brilló en los hermosos ojos de Delta. Algo oscuro, indefinible, y que me expuso con voz glacial —: Miller, escuche esto: el vehículo del virus va a ser aquel que más rápidamente se mueve entre los hombres. La comunidad más nutrida del mundo, la que actúa con mayor rapidez y precisión en

transmitir un virus… ¡Las ratas!

Las ratas…

En ese momento, vi claro el futuro de la humanidad, un escalofrío de horror sacudió mi cuerpo.

Y justo entonces, a espaldas de Delta, apareció el profesor Markiewicz. Me miró fijamente. Se limitó a decir, con voz inexpresiva y cortante:

—Ahora, ya lo sabe todo, Miller. Y puede irse. Puede decir la verdad a todos. Es más: prefiero que no siga siendo mi huésped. Delta, prepara las cosas de Alex Miller. Se marcha de mi torre. Abandona Hatetower. Sí, Miller, Hatetower, no Haytower, como creía usted. Suena parecido, pero no es lo mismo[2]… Vamos, empieza a preparar sus cosas. Se va. Podrá decir al mundo lo que sabe… si realmente cree que es eso lo que podrá hacer. Algo debe tener por seguro ahora, antes de que nos abandone: usted no podrá evitar que mi virus del odio prospere. El odio acabará con la humanidad. Nadie detendrá a nuestro ejército de ratas, propagando el mal… ¡Las ratas siempre triunfan, Miller! El mundo mismo está infectado de ratas…

SEGUNDA PARTE: Ratas

CAPÍTULO PRIMERO

LAS ratas…

Me disgustó saber que había ratas en el sótano de casa.

Miré fijamente a mí secretaria. Moví la cabeza con cierto enfado.

—Debes evitarlo —hablé—. No me gustan las ratas.

—Sí, Alex —dijo ella dócilmente, bajando los ojos—. Lo evitaré, no lo dudes. Ahora hay insecticidas muy eficaces.

—Utilízalos. Envía una brigada de desratización y desinfección a la casa. No quiero pasar el fin de semana con esos malditos roedores bajo mis pies, mordiéndolo todo.

—Claro, Alex —aceptó mi fiel secretaria—. Todo se hará como dices, no lo dudes. Pero ese sótano nunca lo utilizas. ¿Crees que merece la pena esa molestia y ese gasto?

—Sí —refunfuñé, arrancando un folio de mi máquina de escribir —. Es lo mejor que podemos hacer. Durante mucho tiempo, las ratas han sido conductoras de enfermedades, de epidemias…

—Oh, Alex, de eso hace mucho tiempo. Ahora, las ratas disponen de zonas de alimentación en el subsuelo, para evitar que ingieran desperdicios. Están controladas. Todo es muy aséptico en nuestra época, compréndelo.

—Lo sé muy bien. Aun así, tengo un asco instintivo a esos bichos. Me repugnan. Prefiero que las cosas se hagan como yo he dicho. Es mejor así.

—Conforme —ella sonrió, inclinando hacia mí. Oprimió mi mano tiernamente—. No tienes que preocuparte de nada, Alex. Yo me ocupo de todo. Es mi trabajo.

—Gracias —suspiré. La contemplé fijamente, admirado de su eficiencia, de su modo de tratarme—. No sé qué sería de mí sin tu ayuda. Jamás hubo una secretaria como tú, estoy seguro.

—Oh, exageras —musitó ella. Su modo de apretar mis dedos, era realmente turbador. Tenía algo especial en el contacto de sus

sedosas manos—. Sigue trabajando, Alex. Encargaré la desratización de la casa. Podrás pasar tranquilo ese fin de semana frente a la playa. Yo me encargo de ello.

Caminó hacia la salida de mi despacho, con aquel suave y seductor contoneo suyo. La miré de soslayo, mientras reponía el papel en mi máquina electrónica. Luego, seguí escribiendo con rapidez. Cuando salió, me encontré muy solo.

Eso me sucedía a menudo últimamente. Sin ella, era como un hombre perdido. La necesitaba, lo sabía. Jamás tuve una secretaria como ella. Era algo más que eso: una compañera fiel, una colaboradora inteligente, llena de eficiencia y ternura.

Estaba pensando aún en ella, mientras el teclado electrónico funcionaba veloz bajo mis impulsos, cuando entró Crystal. Inmediatamente supe que había tormenta en el horizonte. Ella era el nublado que enturbiaba el ambiente, sin duda alguna.

—Hola, Alex —saludó—. ¿Te molesto?

—No, no, qué tontería… —dejé de escribir, mirándola pensativo —. ¿Cómo puedes molestarme tú, querida?

—Vaya, al menos te muestras amable. Ya es algo —comentó con cierto sarcasmo. Llegó hasta mí, se inclinó, besando mis labios, y pareció retroceder, contrariada, como si notara una frialdad hostil en mi boca—. ¿Estás solo?

—Pues parece ser que sí. ¿Crees que oculto a alguien bajo la máquina?

—Todo pudiera ser —miró en torno—. ¿Y tú… tu secretaria, Alex?

—Trabajando por ahí —me encogí de hombros—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —se mordió el labio inferior, sin dejar de mirarme —. Es que me sorprendía no verla cerca de ti.

—Bueno, habitualmente, una secretaria siempre está cerca de su jefe —sonreí.

—Tú *nunca* tuviste secretaria hasta ahora, Alex —me replicó, incisiva.

—Cierto. Uno, a veces, cambia de idea y comprende que necesita ayuda en su trabajo.

—Elegiste una secretaria muy atractiva.

—Sí, mucho —convine, frunciendo el ceño—. ¿Adónde vas a

parar?

—Y muy extraña también —ignoró mi pregunta.

—¿Extraña? ¿En qué sentido?

—No lo sé. Y eso es lo que me preocupa, Alex —se acercó un paso más hacia mí. Su mirada era ahora sombría—. Alex, por favor, ¿qué te ocurre?

—¿A mí? —la contemplé, con gesto de asombro—. Nada. ¿Qué había de ocurrirme?

—Eso es lo que quisiera yo saber —pegó un taconazo en el suelo, malhumorada—. Has regresado muy diferente a como te marchaste. A veces, me pregunto si eres el mismo…

—¡Qué tontería! —Reí entre dientes—. ¿No estás dejando volar demasiado la imaginación?

—No —negó, rotunda—. Esa mujer no me gusta. Parece algo más que tu secretaria.

—Vamos, vamos, Crys —me incorporé, acercándome a ella—. Tú nunca fuiste celosa, ni mucho menos…

—Tal vez porque tú no tenías una secretaria como ella a tu lado —replicó—. Alex, tienes que despedirla.

—¿Qué?

—Despedir a tu secretaria. Inmediatamente.

—Pero ¿qué dices? —protesté—. Ella es muy eficiente, me es imprescindible ahora, compréndelo…

—Pues no. No lo comprendo en absoluto, Alex. No quiero compartirte con ella en absoluto, está claro, bien claro. Debes tomar una decisión. Elegir, en suma.

—¿Elegir?

—Sí. Ella… o yo.

—Crys…

—Estoy decidida. Si ahora mismo no vas a ella y la notificas su despido… seré yo la que salga de aquí. Para no volver más a tu lado, Alex Miller.

—Crys, no puedes hablar *en* serio. Eso es ridículo… Tú eres mi prometida, y ella sólo es una empleada, una auxiliar para mi trabajo…

—Por eso mismo. No puede serte tan difícil echarla. Hazlo, Alex. Hazlo, o me perderás a mí.

—Bueno, deja que reflexione sobre ello. Lo pensaré

detenidamente, y te notificaré en breve mi decisión al respecto, Crys. Yo…

—No. Alex. No esperaré una decisión por tu parte. Ha de ser *ahora*. La más leve duda por tu parte, significa que no sabes a quién elegir, si a ella o a mí.

—¿Ni siquiera me concedes el derecho a meditarlo, aunque solamente sea un día?

—No. No puedo. Es una determinación que ha de ser inmediata… o demostrarás quererme muy poco. Piensa que te doy a elegir entre ella o yo. No puedes dudar, si no hay entre vosotros nada más que la relación profesional.

—A veces, no es tan fácil prescindir de un empleado eficaz y discreto, Crys.

—Tiene que serlo —me miró fijamente. Estoy esperando tu decisión, Alex.

La contemplé en silencio. Moví la cabeza negativamente.

—No puedo —dije.

—¿Qué?

—No puedo ir y decirle que se marche. No sería justo, Crys. Eres tú la que debe meditar bien una tontería así, y comprender que…

—Muy bien —me cortó, glacial—. Ya veo tu decisión. La eliges a ella.

—No, Crys. Yo lo que trato de hacer es convencerte de que…

—No has de convencerme de nada. Ya he meditado. Por eso te hablé así. No habrá más comentarios, no lo dudes. Adiós, Alex.

—Crys, espera…

—No volverás a verme —caminó hacia la salida—. Ya has elegido. Te felicito. Ciertamente, esa mujer es muy hermosa. Y parece tenerte completamente dominado. Ahora me doy perfecta cuenta.

La miré, asombrado, sin poder creer que Crystal se salía de mi vida de este modo. Y, sin embargo, no hice nada por retenerla. Me limité a quedarme plantado en medio de la habitación, contemplándola, viendo cómo abría la puerta y asomaba al pasillo, para marcharse definitivamente de mi lado.

Luego, ella lanzó un leve grito. Y echó a correr, como si algo la asustara.

Me encaminé a la puerta. Ya estaba fuera, tomando el ascensor.

Oí zumbar la cabina al ponerse en marcha hacia la planta baja.

Contemplé lo que la había asustado, sin comprender bien lo que sucedía.

—¡Qué osada! —murmuré, airado—. También aquí habrá que fumigar, maldita sea…

Desde el centro del corredor de un lugar tan aséptico como era mi despacho de trabajo, la rata me contemplaba con sus negros ojillos malignos, plantada en medio de la alfombra.

Era una rata. Grande, y de largos bigotes y hocico afilado.

Luego, emprendió veloz carrera, desapareciendo de mi vista por un recodo. Volví al despacho preguntándome por qué las ratas parecían empezar a volverse locas…

* * *

«Salvaje ataque de los roedores en una finca de recreo.

»Una familia exterminada por las ratas. Dos supervivientes, mordidos por ellas, internados, víctimas de una extraña forma de rabia que la Medicina desconoce».

Suspiré, tirando el periódico a un lado. Me quedé pensativo, mirando las bellas piernas desnudas de mi secretaria.

—Evidentemente, están locas —comenté.

—¿Locas? —ella me contempló, con una vaga sonrisa—. ¿Quién?

—Las ratas.

—¿Por qué dices eso, Alex? —quiso saber mi secretaria, con su dulce profundo tono de voz.

—Es evidente. ¿Has leído los periódicos? ¿Escuchaste el boletín de la televisión?

—No, no me he preocupado hoy de una ni otra cosa —suspiré—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Algo extraño. Y horrible. Empiezan a salir ratas. Por doquier. Incluso en sitios limpios y bien desinfectados. Atacan ferozmente. Muerden a quien se descuida. A algunas personas, llegan a matarlas, con mordiscos feroces en puntos vitales del organismo, tales como las arterias… Otros resultan casi devorados totalmente, si nadie les auxilia a tiempo. Y los que sufren leves mordeduras solamente…

—¿Qué? —me preguntó, ante mi silencio.

—Esos sufren de rabia. Una rabia especial, que los médicos no logran combatir, y que les lleva a destrozar a los demás… o

destruirse a sí mismos, si no tienen a nadie a su alcance. Algo terrible.

—Realmente, parece terrible —murmuró ella, asintiendo con la cabeza—. ¿Y qué hacen las autoridades sanitarias, Alex? No estamos en la Edad Media precisamente…

—Parece que luchan con todas sus fuerzas. Pero las ratas actúan de un modo raro. Se esconden bien. Dice un técnico de Sanidad Pública que ha visto desaparecer incluso a las ratas que infestaban un sumidero, sin dejar rastro. Como si estuvieran organizadas. Como si se movieran ordenada e inteligentemente. Eso no tiene sentido, claro.

—No, no tiene ningún sentido —mi secretaria me miraba fijamente—. Las ratas son sólo eso: ratas, Alex. Habrá sido casual. O se darán cuenta instintivamente de que las acosan.

—Sí, claro. No puede ser de otro modo —traté de convencerme a mí mismo—. Además, las ratas han sido siempre muy listas y vivaces. Lo que no logro entender es que así, de repente, se conviertan en seres tan agresivos. Hasta ahora, huían de la luz, se refugiaban en la oscuridad. Ahora, no.

—¿No? —Enarcó ella sus cajas, interrogante.

—No. Yo mismo he visto una esta misma mañana, en mi oficina. Me miraba de un modo raro.

—¿Raro?

—Sí. Desafiante, diría yo. Como burlándose de mí. A plena luz, ¿entiendes? Ocurrió cuando Crys vino a verme. Ella también la vio. Y escapó a la carrera. Incluso hoy en día, una mujer sigue temiendo a una rata. ¿Tú no?

—No mucho —se encogió de hombros—. De modo que Crys vino a verte… y rompió contigo.

—Sí, eso hizo.

—Creo que has sido un hombre muy afortunado con ello, Alex —murmuró.

—¿Afortunado? —musité, perplejo—. Íbamos a casarnos. Ahora, todo está roto.

—Ya lo sé —se puso en pie, estiró su hermosa figura. Sus piernas avanzaron hacia mí, bellísimas y seductoras, gracias a sus botas blancas y su breve falda sobre los muslos—. Eres un gran hombre, Alex. Un admirable muchacho. Te mereces algo más que una chica

como Crystal Jones, créeme. Ahora, que ya eres libre de todo compromiso… ahora. Alex, no me importará ya ser para ti algo más que una dócil secretaria…

—¿Qué? —Seguía mirándola, sorprendido, como captado por sus labios húmedos y entreabiertos, por su expresión, por la vibrante pasión que se desprendía de su cuerpo escultural.

—¿Es que no lo entiendes, Alex? —Se sentó sobre mis rodillas, me enroscó sus suaves brazos en torno al cuello. Sentí palpitar su carne cálida y deseable junto a la mía—. Soy tuya… Soy tuya desde este momento…

Y su boca fue al encuentro de la mía. Ha sido el beso más ardiente y estremecedor que recuerdo. Me sumergí en un abismo de pasión.

Sólo sé que musité:

—Eres… eres adorable, mi querida Delta…

* * *

Hasta ahora no había sabido cómo es capaz de amar una mujer como Delta. Me pregunto, muchas veces, por qué he sido tan afortunado de encontrarla, de hacerla mi secretaria. Y luego… mi amante.

Me siento feliz. Muy feliz. Incluso ahora, escribiendo ese artículo escalofriante sobre el suceso de Long Island, no puedo olvidar mi propia felicidad. Soy un egoísta, lo sé. No debería pensar en mí mismo, en mis horas felices junto a Delta, ocurriendo cosas como la que ha ocurrido en esos *bungalows* de Long Island. Pero no puedo evitarlo. Ella absorbe mis sentidos, mis ideas. Mucho más que las ratas, naturalmente.

Las ratas…

Esa idea me ha hecho estremecer, mientras redacto el reportaje de urgencia para una edición especial de mi periódico, que lleva un titular tan sensacionalista como real:

«LAS RATAS ATACAN».

Sí, Atacan. No sé por qué, pero atacan. No lo entiendo muy bien. Aunque por un momento, al ver los cadáveres destrozados y sangrantes, los rostros mutilados, de ojos vaciados, de labios, nariz y orejas carcomidos por los colmillos furiosos de los roedores, he sentido por un momento la extraña sensación de que yo sé algo

sobre todo eso. De que *quiero* recordar algo, relacionado con los pequeños monstruos de las basuras y los detritus. Algo que está en algún lugar de mi mente, pero que no consigo localizar, por mucho que me esfuerce.

Bueno, siempre han ocurrido cosas así. Uno cree a veces conocer un sitio donde jamás estuvo antes de ese momento. O nota como si viviera de nuevo situaciones y hechos que ya se han producido antes. Son fenómenos que nunca se explicaron. No merece la pena esforzarse en hallarle otra explicación.

No sé nada sobre las ratas. No sé más de lo que pueda saber esa pobre gente aterrorizada, a la que he visto en grupos, frente a los *bungalows* atacados por las ratas ¡en pleno día!

Un día de sol, cálido y apacible, en el que todo parece propicio a la vida. Y, sin embargo, en un barrio residencial de Long Island, estalla la tragedia.

Diez muertos. Mujeres, niños, incluso tres hombres…

Resulta todo raro. Hubo que tirar abajo las puertas. Estaban herméticamente cerradas *por dentro*. Las ventanas, ajustadas, pese al calor reinante. Y dentro… Dentro, un horror indescriptible. Algo alucinante, que muchos estómagos no pueden soportar.

Los cadáveres ensangrentados, caídos aquí y allá, en posturas grotescas. Desangrados o devorados. Como si una legión de roedores hubiera caído sobre ellos implacablemente. Y ni una sola rata a la vista. Todas, absolutamente *todas*, se habían marchado ya, pese a haber aún residuos humanos por devorar. Ordenadamente, sin dejar más rastro de su paso que las manchas de sus patas, mojadas de sangre humana.

La policía detuvo a un testigo poco después. Un hombre enloquecido, que corría por entre los árboles, con ojos desorbitados, emitiendo alaridos terribles, y que atacó ferozmente a los agentes de la autoridad, antes de ser reducido y conducido a un establecimiento psiquiátrico. Poco antes de comenzar mi crónica de urgencia del sangriento suceso de Long Island, había recibido el informe clínico sobre el desdichado.

Padecía una rabia demencial, que le hacía espumear la boca, y mirar con odio infinito a cuantos le rodeaban. Estaba sometido a reclusión con una camisa de fuerza, porque si no hallaba a alguien para expresar su furia, se atacaba a sí mismo. Los métodos

habituales para reducir crisis hidrofóbicas semejantes, habían fracasado de forma estrepitosa.

Terminé mi crónica apresuradamente, y la envié a talleres, para su confección en la primera página de la edición extra. Fue entonces cuando llegó el redactor-jefe, con el télex en su mano.

—Mira, Miller —me dijo—. Acaba de recibirse.

Lo tomé. Mis manos temblaron, y noté un profundo escalofrío ante lo que veían allí mis ojos, escritos por el télex:

«Londres, víctima de las ratas. Ataques masivos a núcleos aislados de población. Ya hay más de cincuenta víctimas. Las ratas parecen haberse vuelto locas. Pero con una locura ordenada y bien organizada, que les permite eludir la campaña de desratización iniciada con carácter de emergencia nacional».

Contemplé, muy pálido, al redactor-jefe. Éste añadió con voz ronca:

—Y no es eso lo peor. Telefónicamente, me han llamado de Francia y del Norte de África. Las ratas empiezan a causar destrozos importantes. Y muchas víctimas, Miller…

CAPÍTULO II

HABÍA sido sólo el principio.

Ahora, las cosas eran ya mucho más graves y alarmantes.

Desde detrás de los vidrios de mi máscara, contemplé los sumideros y galerías malolientes del alcantarillado urbano. Potentes reflectores, barrían los regueros de agua negruzca y fétida, los desperdicios e inmundicias. De trecho en trecho, filtraciones en las bóvedas, dejaban caer agua sucia con sordo chapoteo.

Ni una sola era visible.

Ni una rata.

Todo el alcantarillado parecía vacío. Abandonado por sus habitantes de siempre.

La brigada especial, provista de armas destructoras, de potentes chorros raticidas y hasta de lanzallamas especiales, avanzaba en todos los sentidos, cubriendo las salidas del laberinto subterráneo de la urbe. Yo iba con ellos. Y un fotógrafo de mi periódico me acompañaba, tomando fotografías de lugares hasta entonces olvidados por el hombre que los tenía bajo sus zapatos, sin recordarlos siquiera.

Mi equipo especial protector, hecho de plásticos resistentes a la mordedura de cualquier animal, así como aislante del hedor irrespirable que reinaba en el subsuelo, me impedía captar la fetidez del ambiente, pero aun así podía intuirla. Mi máscara me hacía parecer un extraño cosmonauta que buscara nuevos senderos de exploración, camino del centro de la tierra. Pero era solamente un periodista en busca de la verdad.

La verdad de las ratas enloquecidas.

Una verdad que nadie entendía. Porque ¿dónde diablos estaban metidas las ratas?

Se calculaba, según estadísticas, que había al menos tres ratas por cada habitante humano de las grandes aglomeraciones urbanas.

Un censo alarmante y nada optimista, la verdad. Pero si era así, ¿dónde se podían ocultar tal masa de roedores, si era bien sabido que ellos buscan siempre la oscuridad y la inmundicia para refugiarse?

Algo estaba fallando allí. El orden establecido no estaba siendo respetado por las ratas. Ellas actuaban de un modo insólito, que nadie había previsto. Pero ¿por qué?

Nuevamente, aquella extraña sensación de saber algo, me acosaba mentalmente. Sacudí la cabeza. No, claro que no. ¿Cómo diablos podía yo saber nada sobre el comportamiento de las malditas y sucias ratas?

Lo único cierto es que las alcantarillas de la ciudad estaban desiertas. Era inútil buscarlas. No aparecerían. Estaba seguro de ello, sin saber la razón. Empezaba a tener la ridícula idea de que nos enfrentábamos no sólo a un enemigo pavorosamente abundante y feroz, sino también inteligente y, lo que era peor… organizado.

Imaginarse a miles de millones de ratas, en toda la superficie del mundo, perfectamente organizadas y conscientes de lo que hacían, era una idea delirante y estremecedora.

Porque un peligro así… podía terminar con el mundo.

—El mundo… —me dije, sobresaltado, cuando se me ocurrió la idea—. ¡Qué tontería! El mundo no puede ser exterminado por las ratas… Existen medios, formas de acabar con todas ellas, de defenderse… No pueden destruir el mundo.

En buena lógica, no podía ser. Pero empezaba a estar asustado. Las ratas me preocupaban. Aquel miedo era irracional. ¿Por qué diablos se me había ocurrido la peregrina idea de ver un mundo aniquilado por las ratas? ¿Por qué mi mente se inquietaba y bullía con ese disparate?

—Cielos, si pudiera entenderlo… —musité, tras la máscara protectora, mientras respiraba el aire limpio contenido en un depósito, a mí espalda—. Si fuera capaz de saber por qué todo esto me asusta y me inquieta tanto…

El jefe de la patrulla de salubridad, ordenó la desratización de la zona, y el regreso a la superficie urbana. Los proyectores de veneno raticida, actuaron con potencia, bañando los corredores con una sustancia mortífera para los roedores.

Luego, iniciamos el regreso a la luz del exterior. No sé por qué,

tuve una horrible idea.

Algo me decía que el raticida no iba a ser eficaz. Y que ellas esperarían a que se pasara sus efectos y nos alejáramos nosotros, para regresar allí y ocultarse de nuevo en los laberínticos dédalos del subsuelo.

Ellas, las ratas, nos estaban ganando la partida. Lo presentía.

Y ese presentimiento, no me gustaba nada.

* * *

Delta besó mis labios. Su boca era fuego puro.

Me sentí inmerso en sus brazos, en sus caricias. Me estremecí de placer. Y me olvidé de todo…

No sé cuánto duró aquello. Sólo recuerdo que, de repente, la voz del locutor de la televisión, interrumpiendo el programa musical que yo había olvidado en brazos de Delta todo aquel tiempo, estaba hablando con tono grave y preocupado:

—Señoras y señores, transmitimos con carácter de urgencia este boletín de noticias de última hora —habló, con voz tensa, haciéndome salir del grato abismo de olvido y de relajamiento que era el contacto físico con Delta, mi platinada secretaria, siempre tan fiel, tan amorosa, tan apasionada…

—¿Qué ocurre, Alex, cariño? —ronroneó ella, acariciando mis cabellos suavemente.

—No lo sé —me erguí, mirando fijamente a la pantalla cromática y tridimensional, con aire alarmado.

—… Hemos recibido informaciones de última hora de nuestros corresponsales en el extranjero, y todas ellas coinciden dramáticamente en los mismos hechos inexplicables que vienen sembrando el terror en nuestro país y en algunos otros desde hace pocas fechas. Desgraciadamente, los síntomas de anormalidad en el comportamiento de unos determinados animales, feroces y peligrosos, como son las ratas, se multiplican y extienden por todo el planeta. Incluso en la Unión Soviética, en China y en Australia, han sido detectados casos aislados que, por desgracia, toman rápido incremento. Las ratas atacan a grupos o comunidades de personas con creciente audacia. Ya no se refugian en la oscuridad, sino que atacan a pleno día, cuando su acción parece tener totales garantías de éxito. Informaciones de nuestros corresponsales en Europa y África, hablan de masivos ataques, raramente ordenados, a lugares

habitados, donde las defensas son escasas o nulas. Sin embargo, cuando las fuerzas del orden, el ejército o los equipos de sanidad especialmente movilizados, llegan para combatirlos, los roedores desaparecen sin dejar rastro, como obedientes a una voz de mando.

El locutor hizo una pausa y removió unos papeles. Delta, a mí lado, parecía fascinada por las informaciones, sus ambarinos ojos, de dorados centelleos, fijos en la pantalla luminosa. Yo temblaba. Empezaba a sentir algo más que preocupación o miedo.

Esto de ahora era ya *terror*.

—Por cierto que la situación ha creado inquietud en los altos círculos políticos de nuestro país —proseguía el locutor—, y también de algunos otros Gobiernos amigos. De Centro y Sudamérica, nos llegan informaciones, en el sentido de que Organización de Estados Americanos ha solicitado una reunión de urgencia para movilizar todos los esfuerzos posibles y unificar esos medios en una campaña inmediata y masiva contra las ratas. Por otro lado, esta noche el *Washington Post* especula con una posibilidad que ha producido desagrado en la Casa Blanca y en el Pentágono, y que la NASA se ha apresurado a desmentir rotundamente. La información del periódico washingtoniano, alude a la posibilidad de que estos sucesos trágicos e inexplicables, hayan podido ser motivados por algún cuerpo espacial, por algún residuo adherido a una de las cápsulas espaciales rescatadas por la NASA, y que pudiese provocar en el mundo una especie de contaminación a la que sólo fuesen sensibles las ratas. Eso, científicamente, explicaría sin duda su anormal proceder, la insólita subversión al orden y equilibrio de la fauna terrestre, con un comportamiento absurdo y peligrosísimo de una masa tan gigantesca y feroz como es la formada por la población ratonil de todo el orbe. Pese a las negativas oficiales, ya son muchos los que especulan con causas semejantes a la sugerida por el *Post*, para dar explicación al horror que estamos viviendo estos días, y que amenaza con hacerse todavía más violento y peligroso en las horas inmediatas. Tendremos informados a todos ustedes, en otros boletines de urgencia. Entretanto, y siguiendo instrucciones de Sanidad Nacional, les rogamos tomen nota de estas medidas preventivas, para impedir que…

Cerré el televisor. Mi mano temblaba al hacerlo. Me incorporé,

desasiéndome de los brazos de Delta, pese a sus esfuerzos por proseguir nuestro contacto. Me miró, algo defraudada.

—Alex… —musitó.

—¿Sí? —pregunté, algo brusco, tomando un cigarrillo que encendí y fumé nerviosamente, mientras comenzaba a dar paseos por la estancia, abotonando mi camisa de un modo puramente mecánico.

—Alex, ¿es que ya no me amas, no deseas estar junto a mí y olvidar todo eso?

—¡Olvidar! —Casi grité, sorprendiéndome a mí mismo. Debía dominar la histeria, o todo se vendría abajo—. ¿Crees que se puede olvidar algo así? ¿Podemos ignorar lo que sucede de puertas hacia afuera? Aquí mismo, ahora, nosotros dos corremos peligro, Delta.

—No —negó ella suave, pero firmemente—. Nosotros *no* corremos peligro, querido.

—¿Qué? —La miré, sorprendido, exhalando humo por mis fosas nasales y sin dejar de dar paseos nerviosos, irritados.

—Bueno, no podemos peligrar —manifestó con menos energía y convicción—. Hemos tomado todas las medidas que aconsejan los de Salubridad. El raticida automático hace brotar veneno para esos animales, con intervalos regulares para no dejar nunca sin tóxico los accesos a nuestra vivienda… Toda abertura inútil ha sido cerrada y asegurada. Y tenemos al alcance nuestro esos pequeños aparatos, como extintores, que repartió Salubridad ayer, para defendernos si alguna rata llegara a introducirse aquí…

Señalaba a los dos botes metálicos, *sprays* a presión conteniendo un poderoso y fulminante raticida. Miré preocupadamente todo eso, y moví la cabeza, dubitativo.

—No sé… —refunfuñé—. No sé si, llegada la ocasión, todo eso serviría de algo…

—Tiene que servir, Alex. Es veneno para las ratas, por agresivas que sean.

—¿Quién nos dice que, al mismo tiempo que su comportamiento, no ha cambiado algo en ellas? Una profunda transformación más amplia. Su mentalidad, su inteligencia, su sentido del conocimiento… y quizá… una *inmunidad* a los tóxicos habituales.

—Inmunidad… —repitió ella, afirmando despacio con su

plateada cabeza, hermosa como la de una estatua clásica o futurista —. Sí, sería horrible. Significaría… el fin.

—El fin de todo —corroboré—. De *todos*. Incluso de nosotros.

—Alex, puede que para nosotros haya una posibilidad —aventuró ella—. ¿Y si la hubiera? ¿No te gustaría sobrevivir, junto a mí, a lo que pudiera sucederle a la Humanidad?

La miré. Resultaba fascinante. Subyugaba. Hipnotizaba, casi. Podía uno convertirse en un monstruo, sólo por una mirada suya, y afirmar. Y decir que sí. Que al diablo el mundo entero, la Humanidad toda. Que sólo ella y yo importábamos. Que si quedábamos solos en el mundo, haría gustosamente el eterno papel de Adán junto a una Eva como ella.

Pero todo eso no era sólo demencial, sino horrible. Monstruoso. No podía afirmar a semejante sugerencia. Algo, en mi cerebro, en mi razón, se negaba a dejarse cegar por el deseo, la voluptuosidad y el tremendo poder de aquella hembra magnífica, cuya capacidad de amar parecía inextinguible.

—No —murmuré—. Eso no, Delta. No podemos permitir que eso ocurra…

—Alex, tú no puedes evitarlo. No está en tu mano. Ahora, en estos momentos… las ratas son las más fuertes. Parece que se disponen a atacar en todo el mundo. A empezar el aniquilamiento masivo del ser humano… Morir víctima de ellas, no conduciría a nada, ¿no crees?

—Tal vez no. Pero nosotros mismos y por los demás, mente todos. Por nosotros mismos y por los demás, Delta…

—Es una lucha inútil, ¿no te das cuenta?

—Posiblemente lo sea —acepté, ceñudo, aplastando el cigarrillo en el cenicero, con mano crispada—. Pero nuestra misión es intentarlo todo.

—¿Estás decidido a ello?

—No tengo otro remedio, Delta —murmuré, mirándola con exasperación—. No hay otra salida. Pertenecemos a esta comunidad humana. Formamos parte de ella. Es preciso seguir luchando. Hasta el fin, sea cual sea. No hay otra salida.

—¿Y… si la hubiera, Alex? —murmuró ella dulcemente, con mirada persuasiva—. Aun así… me quedaría a luchar —dije con energía—. No dudaría ni un solo instante, querida. Mi puesto está

aquí. Como el de todos. Huir no conduce a nada. Las ratas alcanzarán a los que huyen. Los aniquilarán con mayor facilidad aún.

—Yo conozco un lugar, Alex —musitó Delta—. Tal vez allí jamás llegue una sola rata. Te ofrezco la posibilidad de llegar a él, de refugiarnos, de salvarnos definitivamente…

—No —corté, incisivo—. Eso sería una cobardía. Además… tú no puedes conocer ningún sitio seguro. Me estás engañando, ¿no es cierto?

Los ojos de ella tenían un extraño brillo. Luego, de pronto, rompió a reír, con aquella risa suya, musical y profunda, que me hacía estremecer placenteramente. Y negó con un movimiento que agitó su sedosa melena de platino.

—No, claro —dijo, risueña—. ¿Cómo puedo yo conocer un lugar semejante? Sólo trataba de saber lo que pensaba, lo que tienes en tu mente. Veo… veo que no das la espalda al peligro. Eres audaz, Alex.

—No. No soy audaz —negué—. Sólo humano. Además, no sirve de nada intentar huir, ya te lo dije.

—Lo sé —se había vuelto repentinamente suave y melosa. Su voz ronroneante era una invitación a la sensualidad, una vez más, y yo lo sabía. Y ella sabía que yo acudiría a ella como un niño dócil a la llamada de los mayores. La oí como entre sueños—. Ven, amor mío. Ven…

—Delta… —susurré—. ¿No es momento de pensar en…?

—No —negó—. No es momento de pensar. Ven, por favor…

Yo iba ya hacia ella. No podía ser de otro modo. Sus brazos se tendían hacia mí. Sus labios brillaban, húmedos…

En ese momento, sonó el teléfono. Me detuve. Sobresaltado, casi salí de un trance, para mirar con sorpresa el receptor, que seguía sonando.

—Oh, no —se quejó Delta, malhumorada, con un mohín de contrariedad. Y se dispuso a presionar el botón de bloqueo a la finca—. Que nos dejen ahora…

—No, espera —pedí—. Es una llamada. Puede ser algo urgente.

—¿Vas a atender *ahora* al teléfono? —se desilusionó Delta.

—Sí —dije secamente, alzando el auricular—. No podemos permanecer ahora incomunicados, compréndelo.

Y me llevé un gran sobresalto cuando, en la pequeña pantalla de

televisión insertada en el teléfono urbano, apareció el rostro aterrorizado de Crystal Jones.

—¡Alex! —la oí gritar por el auricular—. ¡Alex, por favor! ¡Sálvame! ¡Te lo ruego! ¡Es cosa de vida o muerte!

—Crys… —La miré aturdido—. ¿Qué sucede? ¿Qué estás diciendo?

—Alex, estoy en casa… Sola —gimió, con su rostro lleno de pánico ocupando la pantallita visora—. ¡Y *ellas* están ahí, afuera, prestas a atacar!

—*¿Ellas?* ¿Quién? —aullé, palideciendo.

—¡Las ratas, Alex! ¡LAS RATAS! —gritó Crystal, demudada—. ¡No tardarán en entrar aquí y devorarme, lo sé! ¡No puedo comunicar con nadie en estos momentos! ¡Las demás líneas de teléfono están interrumpidas, y creo que son ellas las que han roto los cables y…!

En ese momento, el sonido se extinguió. La imagen tembló y se apagó en la pantallita. El último contacto de teléfono-visión por cable, había sido roto, en la vivienda de Crystal Jones.

Eso sólo significaba una cosa: las ratas atacarían, una vez aislada ella. Sentí que se me erizaban los cabellos.

Corrí a por uno de los pequeños tubos de tóxico a presión. Tomé también una pistola de la gaveta, y una potente lámpara eléctrica. Delta me contemplaba, entre asombrada y escéptica.

—¡Alex! —gritó—. ¿Adónde vas?

—Tú lo acabas de oír —dije, camino de la salida—. Las ratas rodean la vivienda de Crys. Tengo que salvaría.

—¿Te has vuelto loco? —jadeó mi secretaria, corriendo hacia mí —. ¡Eso es la muerte! ¡No puedes hacer nada por ella! ¡Las ratas te atacarán *a ti*!

—Es de suponer —sonreí duramente—. Y yo o ellas, Delta.

—¡Alex, no lo hagas! —clamó, aferrándome con energía—. ¡No vayas! ¡Ella no significa ya nada en tu vida! ¡Soy yo, YO, quien reclama tu presencia! ¡También pueden atacarme a mí! ¡No me dejes sola esta noche!

—Lo siento, querida —silabeé con energía—. No puedo hacerlo. Crys ya no es nada mío. Pero fue mucho para mí. No sé lo que ocurre, sólo sé que debo hacer algo por ella. En el momento supremo… ha pensado en mí. No puedo defraudarla. No puedo

dejar que sea víctima propicia de esos pequeños monstruos…

—¡Lo será de todos modos! ¡Y tú con ella! —Trató de contenerme aún, a la desesperada.

—Sea lo que sea, tiene que ocurrir —sentencié, saltando al corredor, dispuesto a todo.

—Ven conmigo, si no quieres quedarte sola, Delta. Es lo más que puedo hacer.

—¡No! —gritó, furiosa, retrocediendo con ojos fulgurantes—. Yo no voy, Alex. Pero cuando vuelvas, no me encontrarás aquí. ¿Te das cuenta? ¡Ir a salvaría a ella… significa que me pierdes a mí para siempre!

Era un dilema terrible. Pasiones encontradas chocaban tempestuosamente dentro de mí, en tanto corría al ascensor. El deseo, la piel suave de Delta, sus caricias enloquecedoras, su belleza fascinante…

Y Crys.

Crys, que ya no era nada mío. Que dejó de estar prometida a mí, por celos.

Crys, a punto de morir devorada por los colmillos de las sucias y odiosas ratas…

La decisión estaba tomada. El ascensor descendía, vertiginoso. Delta se quedaba arriba, en mi apartamento. Yo corría en la noche. Hacia una vivienda cercana, en mi propio distrito urbano. Hacia la casa de Crystal Jones.

Hacia el peligro. Quizá hacia la muerte misma…

CAPÍTULO III

ERA como una pesadilla.

Las calles, abandonadas. Grandes reflectores situados por las fuerzas de seguridad en todos los puntos estratégicos, para llenar de luz las vías urbanas, anulando las zonas oscuras, para vislumbrar al enemigo masivo que acechaba en la sombra. Detectores especiales electrónicos, establecidos por doquier, para acusar la presencia de los roedores, si asomaban.

Piquetes de hombres con equipos especiales de plástico irrompible, máscaras para respirar un clima cargado de tóxicos raticidas…

Cada manzana vigilada, bloqueada por grupos de Salubridad y del Ejército, unidos en patrullas de control especial. La gente, encerrada en sus casas temerosa de verse sorprendida por el enemigo solapado y cruel.

Éste era el Nueva York que yo recorría ahora a todo correr, armado del *spray* venenoso y de mis pistola. Alguien me avisó de que era peligroso circular de noche sin el equipo protector, pero no le hice caso y seguí adelante. Aún no estaba prohibido circular por las calles como uno quisiera. Era la propia gente la que se resistía a deambular al aire libre. Y tenía sus razones para ello.

Así llegué a donde Crys se alojaba. Pronto comprendí lo que sucedía. Y un repentino terror me aferró el corazón, helando la sangre en mis venas.

Los proyectores de luz se habían extinguido totalmente en aquella zona. Una densa oscuridad rodeaba el edificio de pocas plantas donde habitaba Crys. La zona ajardinada de los alrededores, era una masa de sombras, quizá repleta de pequeños cuerpecillos peludos grises y repugnantes, de hocicos afilados y ávidos, de ojillos crueles y voraces…

La casa no tenía luz. Al menos, no se veían las ventanas. Todo

era negrura profunda. Los detectores electrónicos, que emitían siempre un destello rojizo en la noche, aparecían apagados.

Aquello era peor que todo lo imaginable. Las ratas SABÍAN anular los detectores electrónicos. Y apagaban las luces, desconectaban los teléfonos… cortaban el fluido eléctrico a la zona atacada…

Sus dientes, menudos y taladrantes, lograban fácilmente eso, atacando los cables y conexiones, o triturando los circuitos electrónicos. Eso era sencillo, pero siempre que hubiera UN CEREBRO detrás de toda esa acción.

Por tanto, ahora, súbitamente, comprendí cuál era el horror al que nos enfrentábamos todos, cuáles las infinitas, alucinantes y aterradoras posibilidades del enemigo roedor.

No se trataba sólo de miles de millones de seres rebelados contra su comportamiento habitual. No. Era más que eso.

Ellos… poseían INTELIGENCIA. Y método. Y orden. Alguien tuvo razón en eso. Como si fuesen una organizada colonia de hormigas, las ratas ahora sabían lo que hacían… y cómo hacerlo.

Estaban actuando de modo inteligente, organizado, preciso e implacable. Pensaban, y pensaban bien, que era lo peor. Si podían destruir los sistemas defensivos y ofensivos de nosotros, los humanos… ¿qué iba a ser del mundo todo?

Corrí, pese a todo, hacia la vivienda de Crystal. Iba decidido a lo que fuese. No me haría retroceder ya nada ni nadie. Encendí mi lámpara eléctrica, proyecté su potente chorro hacia los jardines en sombras, hacia la puerta de la casa.

Me detuve en seco, comprendiendo lo terrible de mi impotencia. Mis cabellos estaban erizados, y noté que mi piel se cubría de un repentino sudor helado. Creo que desorbité mis ojos, incrédulo ante el espectáculo dantesco ante mí.

Miles. Acaso millones *de ellas*. Cubrían todos los jardines. El césped y los senderos desaparecían bajo una densa masa gris y parduzca, palpitante y velluda, en movimiento lento y constante.

Un montón de esos seres, cientos de ellos, se hacinaban en la puerta de la casa, cuya madera aparecía ya roída en parte, a punto de permitir el acceso de los pequeños monstruos al interior de la casa.

Crujía la madera, accionada por los dientes incisivos. Bullía

aquella palpitante masa, capaz de estremecer de pánico y asco a cualquiera. Un hedor nauseabundo subía de sus cuerpecillos hacinados, pero, extrañamente, bien distribuidos en masas regulares, aislando por completo la casa y bloqueando los accesos de las calles Inmediatas.

Ojillos negros y malignos se fijaron en mi luz, con destellos coléricos o sorprendidos. Miles de rostros malévolos y voraces se volvieron hacia mí. Supe que con todo el tóxico del mundo y con cien pistolas más, no lograría nada ante ellos. Me aplastarían bajo su peso y número. Me harían pedazos.

Chillidos agudos, repulsivos, escaparon de la masa fofa e inquietante. Les vi cerrar filas, como enfrentándose abiertamente a mí. Como intuyendo lo que pensaba hacer para proteger a alguien de su ataque.

Tuve la noción escalofriante de que todas aquellas horribles criaturas de la oscuridad, de la inmundicia y de los detritus, me estudiaban fría y deliberadamente, midiendo el calibre de su adversario. Jamás los ojos de un animal revelaron tanta inteligencia y comprensión como los de las ratas en aquel momento.

Pero todo mi pánico estaba dominado. Era tan terrible el momento, que ya nada importaba mucho. Ni siquiera mi vida. Había ido a salvar a Crystal. Eso era imposible. Pero moriría con ella. Intentando ayudarla. Porque su llamada de auxilio no pudo ser ignorada por mí. Yo iba a ella, porque así lo había reclamado ella en el supremo momento de terror, enfrentada a una muerte cierta.

No me arrepentía de nada. Estaba allí, frente a mí propio caos, en vez de refugiarme en los cálidos brazos de una mujer fascinante. No importaba. Era el momento de jugárselo todo a una carta perdida.

—Crys, ya voy… —dije estérilmente, porque ella no podía oírme, encerrada allí, en la casa, con su propio terror—. Crys vine a salvarte… y sólo conseguiremos morir ambos… Pero cuando menos, lo he intentado, cariño… Lo intenté todo por ti…

Avancé, resuelto, hacia la masa grisácea. Mi bote a presión disparó dos chorros tóxicos sobre los enemigos inmediatos. Sentí un cierto placer morboso en verles agitar y caer, heridos de muerte por el raticida concentrado.

Pero eran sólo quince o veinte las víctimas. Vaciando *el spray*,

quizá acabara con doscientos o trescientos más. ¿Qué sería eso, en una masa de miles y miles de ratas?

Esperé su ataque furibundo, el salto de sus cuerpos repugnantes contra mí, hasta derribarme y luego correr por encima mío, mordiendo, devorando, en una agonía larga y atroz.

Quizá por eso, me llevé entonces la mayor sorpresa de mi vida.

* * *

No atacaron.

No vinieron contra mí. En vez de eso… ¡me abrieron paso!

Atónito, contemplé cómo la masa de ratas, el ejército terrorífico de roedores, abría sus nutridas filas, como si algo en mí les repeliera o aterrorizase… y con chillidos agudos y bullir de hocicos, fueron dejando una especie de angosto sendero por el que se movían mis pies, guiándome implacablemente hacia la casa, sin importarme que a mis espaldas, miles y miles de ratas se quedaran cerrando el paso, hacinadas, pero pasivas, sin intentar siquiera morder mi ropa o mi calzado.

Las estudié, bajo el proyector de luz, realmente estupefacto. Ni siquiera apreté el bote a presión de nuevo Si ellas me respetaban, yo las respetaría. Era un tácito acuerdo sin palabras. Como si mi mente y la de aquellos bichos, pudieran tener un contacto inverosímil que dictara esta tregua increíble.

Llegué a la carcomida puerta de la casa. El amasijo de ratas de vanguardia, se retiraba también de allí, permitiéndome pasar. Algo en mí parecía repelerles. Noté que ni siquiera me rozaban ni se mostraban hostiles. Imaginarse una treta de aquella masa viva, era ridículo Podían destruirme con igual facilidad ahora, al lanzarse sobre mí. No tenía escapatoria. Y ellas tenían que saberlo, si un rayo de inteligencia movía sus impulsos e instintos.

Sin embargo, llegué a la escalera de la casa. Miré atrás. Ojos curiosos, fríos y malignos, se clavaban en mí, desde la puerta, siguiendo curiosamente mis acciones. Se me ocurrió girar de nuevo sobre mí, dirigirme hacia ellas bruscamente. Y lo hice.

Sorprendentemente, las ratas recularon como si algo en mí las asustara. Se quedaron afuera, escudriñándome con cierta hostilidad. Pero también con impotencia. No tenía sentido. Pero lo hacían.

No sé por qué, en aquel momento, como un ramalazo, me llegó a la mente una frase que cobraba un súbito significado que antes no

tuvo:

«Nosotros NO corremos peligro, querido…».

Delta. Había sido Delta quien dijo esas extrañas palabras. Luego, había añadido algo, quitándoles fuerza y convicción. Algo sobre las precauciones de rigor en este caso. Pero eso ya no era tan convincente. No ahora.

Porque lo cierto es que, mientras los demás eran atacados y devorados por las ratas… ellas me respetaban ahora a mí, no se acercaban. Incluso parecían *temerme*. ¡A mí!

¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué tenía yo, diferente a los demás, para ser respetado por la masa de roedores?

Otra vez aquella rara impresión bailoteando en mi cerebro… Otra vez la idea confusa de que algo pugnaba por brotar de mi subconsciente, algo que yo conocía y que, sin embargo, me era imposible recordar…

—¡Crys! —grité con toda la fuerza de mis pulmones—. ¡Crys, estoy aquí! ¡Vengo a salvarte!…

—¡Alex! ¡Alex! —clamó la voz de ella, en la planta alta, llegándome su voz por el hueco de la escalera, en un grito desgarrado—. ¡No, no! ¿Por qué lo hiciste? ¡Vete, vete, antes de que sea demasiado tarde! ¡Nunca debí llamarte! ¡Perdona si lo hice, pero me volví como loca… y ahora comprendo mi error! No debiste venir… ¡nunca debiste venir, Alex, querido!…

Acababa de asomar por la escalera, mirándome muy pálida, patética su expresión. La contemplé, dando luz con mi lámpara a su rostro. La llamé, con voz ronca, que trataba de dominar todo temblor o indecisión:

—No hables, Crys —le pedí—. Vamos, no pierdas más tiempo. Ven. Baja a reunirte conmigo.

—Pero… pero Alex, ¡es la muerte! —gimió—. Para los dos… Está… está todo eso infestado de ratas… ¡Hay cientos de miles de ellas!

—Lo sé. Las he visto. Están ahí. Esperando, como tú dices. Pero no me han hecho nada. Quizá tampoco lo hagan ahora, cuando te lleve en mis brazos Ven, Crys, te lo ruego. ¿Hay alguien más en este edificio?

—Éramos… éramos al menos veinte vecinos, Alex —musitó, mientras la ola bajar los peldaños, con paso vacilante—. Los demás

se aterrorizaron. Escaparon, pretendiendo salvarse del cerco… Luego, les oí gritar. Y noté cómo bullían en la calle las ratas… Habrá sido horrible… Yo… yo sola me quedé en la casa, esperando…

—Entiendo —apreté las mandíbulas, furioso—. Vamos, Crys. No podemos perder más tiempo. Tal vez las cosas cambien, si nos demoramos. No sé lo que sucede, pero yo les repelo. Se apartan de mí. No tiene sentido, pero…

—Alex, ahora no será igual. Saltarán sobre nosotros.

Nos aniquilarán. Si tú puedes escapar… Hazlo ya. Deja que caigan sobre mí…

—No digas tonterías —extendí mi mano, cuando ella llegó abajo. La tomé con fuerza, y tiré de ella—. Vamos ya. Deja que te tome en brazos. Lleva tú el proyector. Y también el tubo de veneno en *spray*. Pero no utilices el raticida, si ellas no atacan. Son repugnantes, odiosas… sin embargo, si nos respetan, debemos respetarlas. Acaso conceden treguas, no puedo saber lo que sucede. Pero es nuestra única posibilidad. Adelante, Crys. Y serenidad. Mucha serenidad. No cometas un solo error. No dejes de aferrarte fuertemente a mí. Vamos. Vamos ya… y que Dios nos ayude.

La cargué con facilidad entre mis brazos. Eché a andar resueltamente hacia la salida. Mis sienes palpitaban. Mi corazón batía en el pecho con fuerza arrolladora.

Las ratas estaban allí. Quietas. Agazapadas. Esperando silenciosas. Sólo algún que otro chillido estridente en la calle, haciendo estremecer a Crys. Nada más. Y bullir, eso sí, un susurro siniestro, de agitación de la masa viva, palpitante, mortal.

La gran prueba estaba allí. El umbral. La salida del edificio. Miles de ratas hacinadas ante ella, como bloqueándola. Los ojos malignos iban de mi rostro al de Crystal.

La estudiaban con feroz crueldad. Veía en sus repulsivas bocas babeantes, en la vibración de sus hocicos y bigotes erizados, la voracidad, el hambre, el instinto de morder de devorar carne humana, viva y sangrante… La carne tersa, suave y llena aún de vida, de Crystal Jones.

Temí lo peor cuando ellas no se movieron, como dispuestas a ser pisoteadas, pero atacando en represalia, cuando yo caminara sobre ellas. La sola idea de pisar sus cuerpos peludos y malolientes, me

produjo náuseas. Pero las dominé, y di un paso más. Otro… y otro.

Crys, mortalmente pálida, contenía el aliento, procurando no mirar a los repugnantes animales. Su cuerpo temblaba en mis brazos.

Pisé el exterior. Y las ratas se apartaron.

Otra vez la tregua inexplicable. Abrieron paso. Chillaron, furiosas, mirando a Crys. Pero siguieron separándose de mí, como si yo despidiera el peor veneno para todas ellas. Ni Crys utilizó el tóxico en *spray*, ni yo el arma de fuego, qué hubiese usado solamente para matar a Crystal y matarme luego yo. Con nuestros cadáveres, las ratas harían su festín. Pero la agonía sería breve y piadosa, con una bala en el cerebro. Cualquier cosa, antes de sentir los colmillos de aquellos seres de pesadilla, desgarrando nuestra carne hasta el fin.

—No… no atacan… —susurró ella apagadamente.

La hice callar con un gesto. Era mejor no hablar, no romper el embrujo inexplicable que me hacía inmune al odio feroz de las ratas enloquecidas.

Paulatinamente, la masa cedía, cedía, siempre dejando un sendero hasta el asfalto de la avenida próxima. Una vez allí, respiré hondo. Miré atrás.

Millones de ojos negros fijos en nosotros. Como luces siniestras moviéndose en la sombra. Chillidos de disgusto y de ira. Pero ni un ataque. Nada.

—Dios mío… —sollozó Crystal—. No puedo creerlo, Alex…

—Yo tampoco —admití, con voz ronca—. Es… es inexplicable…

Pero lo habíamos conseguido. Crystal estaba a salvo… al menos por el momento. La oprimí contra mí, con fuerza. Ella rompió a llorar de repente. Se abrazó a mí. Besó mi boca, mis mejillas, mis ojos. Sus lágrimas humedecieron mi piel.

—Alex, cariño… —gimió—. Te debo la vida… ¡No olvidaré esto nunca!

—No podía hacer otra cosa, Crys —sonreí—. No podía dejarte allí, esperando la muerte…

Alcanzamos un control de Sanidad Militar. Me miraron, asombrados.

—¿Cómo lo ha conseguido? —masculló un oficial de Salubridad del Ejército de Tierra—. Esa zona está infestada de ratas asesinas…

El Gobierno envía ahora varios helicópteros para regar el distrito con raticidas concentrados… ¿De veras pudieron salir de ahí?

—Ya lo ve, oficial —suspiré, agotado—. No me pregunte ahora cómo fue. Yo tampoco lo sé, si he de serle sincero…

Y me dejé caer en un asiento junto a los reflectores dispuestos para controlar las calles en la noche, rodeado de personal de Salubridad Militar, que nos contemplaba estupefacto.

CAPÍTULO IV

EL médico me contempló fijamente, con expresión de extrañeza.

—No lo entiendo, señor Miller —confesó al fin.

—¿Qué no entiende? —quise saber, mirándole sorprendido.

—Lo que ocurre con usted. Clínicamente, no tiene explicación.

—Pero tendrá, al menos, alguna idea, por remota que sea, doctor…

—No, ninguna. Los análisis no aclaran nada. Hay algo en su sangre sí. Y en sus tejidos. Una sustancia ˆidentificable, quizá cultivada por una vacuna o algo parecido. Pero eso no es posible. Usted no *puede* estar vacunado contra la agresividad de las ratas, pongamos por caso. Esa vacuna no existe. Lo cierto, sin embargo, es que en estos momentos, usted crea una repulsión o una clase de aguda alergia a cualquier rata que se le aproxime. En suma: es inmune a ellas. No pueden acercarse a usted. Ni a nadie que esté con usted. Creo que es EL ÚNICO ser humano con ese don, señor Miller… En suma: no tiene nada que temer de la situación actual. Aunque esos monstruos acaben con la Humanidad… USTED SOBREVIVIRÁ, ¿se da cuenta?

Le miré, asombrado. De todo cuanto sucedía, eso era lo más increíble. Y otra vez, en mi cerebro, aquella frase firme y enérgica de Delta:

«NOSOTROS *NO* CORREMOS PELIGRO…».

Nosotros. ¿Ella tampoco? ¿Por estar a mi lado… o porque TAMBIÉN estaba inmunizada contra la furia de las ratas enloquecidas?

—Doctor… —murmuré de repente.

—¿Sí? —Él me miró, intrigado, quizá preguntándose qué clase de tipo era yo, realmente. Una respuesta que también yo hubiera deseado conocer.

—Doctor, me ocurre algo… Algo que quizá sea mental —dije,

inseguro.

—¿Mental? —Enarcó las cejas—. No, no hay nada mental en su facultad de ser inmune a la agresividad de las ratas.

—No me refería a eso —murmuré—. Es… es algo que siento aquí, en mi cabeza. Creo que he olvidado cosas. Y otras que quiero recordar, se resisten a salir a la luz de mi consciencia…

—¿Olvidado? ¿Se refiere a… a una especie de *amnesia*?

—Sí, algo así —admití gravemente—. Amnesia. Ésa es la palabra, doctor.

—¿Qué le hace pensar eso? ¿Existe algún espacio en blanco en sus recuerdos?

—Tiene que existir. Sé que estuve ausente unos días. Me marché a alguna parte, no sé adónde. Al volver, todo eso estaba olvidado. Seguía mi trabajo, con una secretaria que… que conocí durante mi ausencia. Hasta ahora, nunca me paré a pensar en ello, pero… pero lo cierto es que aunque lo intento, no recuerdo nada de nada…

—Necesitaremos un psiquiatra y un psicoanalista, posiblemente, para sacar la verdad de su cerebro, si realmente sufre de amnesia, como cree. Y según lo que sea, tal vez precisemos una intervención quirúrgica, señor Miller. Donde la Medicina no llega, está la neurocirugía…

—Neurocirugía… —arrugué el ceño—. Sí, entiendo… Un neurocirujano… Pensé por un momento…

—¿Qué?

—No, nada. Esa palabra parecía traerme algún recuerdo, pero… ya se fue.

—Vuelve mañana, señor Miller. Reuniremos aquí a un par de médicos para ayudarle en esa faceta de sus problemas. Yo, desgraciadamente, no estoy especializado en enfermedades de la mente humana.

Asentí, bajando las mangas de mi camisa y recogiendo mi chaqueta. Ahora sabía que algo en mis venas y en mis tejidos, repelía a las ratas. Era un gran hallazgo, pero hubiera sido mucho mejor poderlo identificar y aplicarlo al resto de la Humanidad, antes de que fuese demasiado tarde. Las últimas horas, habían sido dramáticas para el mundo. Llovían noticias de todas partes. Había estado de emergencia en infinidad de países. Regiones devastadas por las ratas, éxodos masivos de población millares de víctimas… Se

destruían millones de roedores con la acción de los Gobiernos y sus ejércitos, pero paulatinamente, los roedores se iban haciendo más y más inmunes al tóxico, al irse habituando a los ataques de los raticidas más potentes. Terminarían por ser insensibles a sus efectos.

Caminé, de regreso a casa, pensando en todo ello.

En Nueva York, eran ya varios los distritos abandonados por la población y por los piquetes de seguridad. Reductos en manos de las ratas, virtualmente. Zonas en sombras durante la noche, llenas de luz en pleno día… pero sin un solo ser humano arriesgándose a caer bajo los colmillos mortíferos del enemigo.

A última hora, circuló la noticia de que el Presidente de la nación se dirigiría por radio y televisión a todo el país, aquella misma tarde, para hacer balance de la situación y coordinar con las tropas y la población civil, una acción ofensiva contra el enemigo común. Tiempo atrás, hubiera parecido ridículo pensar en algo semejante. Pero ahora, la gravedad del momento justificaba todas las medidas, aún las más extremas.

Delta no estaba ya en casa cuando volví. Parecía haber cumplido su palabra. Ni siquiera sus prendas personales estaban allí. No había dejado nota alguna de despedida. Me pregunté adónde habría ido, y el posible peligro que corriese. A menos que…

«Nosotros no corremos peligro…».

¿Era eso? ¿Es que ella *tampoco* peligraba? ¿Poseía en su organismo el mismo elemento que yo? Y si era así… ¿*cómo* podía saberlo?

Delta… Enigmática y hermosísima Delta Ahora que no estaba, comprendía que yo era como un pelele en sus manos. Un monigote fácil de manipular. Me dominaba, absorbía mi voluntad. Era como hipnotizarme. Una raro sugestión…

Me oprimí las sienes. Aquella molesta sensación de… de olvido, de no recordar nada en absoluto…

—¿Alex, qué sucedió exactamente aquel día de Año Nuevo?

Sentí un sobresalto brusco. Me volví. Había llegado a olvidar que Crystal estaba allí conmigo, en mi propia casa. Lo había decidido, apenas supe que poseía una sustancia repelente, una vacuna contra la ferocidad de las ratas. En ningún sitio estaría más segura Crys que a mí lado.

—Oh, Crys… —suspiré, dejándome caer en un asiento. Ella llegó hasta mí y tomó mi mano con ternura—. ¿A qué día de Año Nuevo te refieres?

—Vamos, tienes que recordarlo. No me importa *ya* lo que sucediera con esa mujer. Sólo me gustaría saber cómo la conociste, qué fue exactamente lo que te hizo estar ausente de aquí todos aquellos días… y por qué volviste tan cambiado.

—¿Cambiado? ¿De dónde? —interrogué, ceñudo—. ¿Te refieres a ese viaje que no logro concretar?

—Alex, nadie olvida totalmente un período de dos días.

—¿Dos días? —repetí, enarcando las cejas—. Si te dije que iba de viaje, te diría también la razón, el lugar de destino…

—No lo hiciste. Era secreto. Todo muy secreto. Me pediste confianza en ti. Entonces, yo la tema, Alex. Absoluta. Luego… todo fue muy diferente. Ya no eras el mismo al regresar. Acompañado de… de esa mujer, Delta. Tu secretaria, o lo que fuese. Pero parecía dominarte hasta extremos increíbles. No eran sólo celos, Alex. Sentía rabia de que fuese tan torpe. Odio hacia ella, por manipularte tan claramente, a su entero gusto…

—Odio… —Me estremecí—. No digas eso, Crys. Por favor, no lo menciones.

—¿El qué? ¿El odio? —se extrañó, mirándome—. Claro que es malo odiar a alguien. Pero no es para que te escandalice demasiado. Soy mujer. Y te amo, Alex…

—No, no es eso… Es que… me hiere esa palabra: *odio*… —Me toqué las sienes, casi furioso—. Oh, por Dios, ¿qué me ocurre? Trato de recordar algo, de saber por qué ciertas cosas me aterran… ¡y no consigo nada, Crys!

—Estás muy fatigado. Y nervioso —musitó ella, acariciándome —. Sería mejor que descansaras, que dejaras de pensar, de torturarte… Alex, querido, ¿puedo ayudarte yo en algo?

—Sí, puedes ayudarme mucho —susurré, tomando su mano con calor. La oprimí, atraje hacia mí a Crys. La besé—. Quédate. No te vayas. Sigue a mí lado Me encuentro mejor que nunca cuando te veo. No te marches nunca más. Nunca, Crys. Y perdona. Perdona mis errores, si ello es posible…

—Es posible, Alex, pero ¿y si ella apareciese de nuevo? —Clavaba en mí sus ojos, como incitándome a responder—. Contesta,

Alex. Si Delta volviese ahora… ¿te sentirías atraído nuevamente por ella? ¿Irías a sus brazos, harías cuanto ella te dijera?

—¡Sí, maldita sea, sí! —rugí, exasperado, poniéndome en pie. Me golpeé la frente—. ¿Qué diablos me ocurre, qué está sucediendo aquí dentro, en mi cerebro? ¡*No quiero* ceder ni ser débil… y, sin embargo, volvería a ser como he sido todo este tiempo, apenas ella regresara! Es… es horrible, Crys, no puedo entenderlo…

Ella me miraba fijamente. Con una rara expresión en su bonito rostro.

—Alex, no eres tú… No es tu voluntad la que actúa así —sentenció—. Realmente… estás siendo dominado, controlado por alguien. Por ella… o por otra persona a quien ella sirve. Algo grave sucede. Algo horrible te pasó en ese viaje misterioso… Borraron de tu memoria ciertas cosas. Te inculcaron otras…

—¿Un… un lavado de cerebro? —gemí, lleno de escepticismo.

—Llámalo como quieras. Algo así —aseguró Crystal, con energía —. Alex, tienes que tratar de recuperar tu propia voluntad. Piensa por ti mismo. Lucha por recordar… Y, sobre todo… rebélate contra esa mujer, contra su influjo. Piensa que eres tú, Alex Miller, el único dueño de tu voluntad y de tus actos. Que nadie debe influenciarte…

—Sí, Crys, sí. Lo sé… —afirmé débilmente.

Y en ese momento, la voz imperativa llegó de alguna parte, no lejos de mí:

—Alex, he vuelto. He venido a por ti. Estoy aquí. Vamos. Tienes que venir. Te exijo que vengas.

Crystal giró su cabeza hacia al origen de aquella fría voz de mujer Yo también.

—¡Delta! —exclamé, estremecido—. Delta, tú otra vez…

—Sí, yo. ¿Me has escuchado, Alex?

—Sí, te escuché… Debo ir contigo…

—¡Alex! —clamó, exasperada, Crystal—. ¡No puedes hacer eso! ¡Rebélate! ¡Lucha contra su poder, contra su sugestión sobre tu mente! ¡Recuerda que DEBES luchar!

—Crystal, lo siento… —Moví negativamente la cabeza. Miré a Delta—. Lo siento. Ella es mi… mi única mujer amada. Debo seguirla a donde vaya. Debo obedecerla siempre…

Crystal sollozó Yo caminaba hacia Delta. Ella, con gesto triunfal, sonrió, mirando desdeñosa a mí prometida. Sus palabras me debían

de haber resultado hirientes. Sin embargo, no fue así.

—Usted lo ha perdido ya —silabeó Delta, desafiando con su mirada fulgurante a Crystal—. Totalmente, querida. Es mío. *Mío*. Y para siempre. Nos vamos de aquí La dejamos sola. Sola, frente a las ratas Como todos los demás Él no utilizará su inmunidad, su vacuna, para salvarla a usted, esté bien segura. No tiene por qué ser usted distinta a los demás. Él, sí, porque yo lo elegí…

—Usted… ¡Usted controla su mente! —jadeó Crystal, muy pálida, recogiendo el guante de aquel desafío de mujer a mujer—. No sé lo que le hizo, pero ahora veo claras muchas cosas… Las ratas… y usted. Todo ocurrió a la vez. Usted llegó con Alex de alguna parte. Y aparecieron las malditas ratas. Y él está inmunizado… ¡lo mismo que usted! Porque ambos vienen del mismo lugar. De un sitio donde le aplicaron alguna vacuna… Y si fue así es porque SABÍAN que las ratas iban a actuar así… ¡Por tanto, USTED mueve a esas ratas, Delta! ¡Ahora lo veo claro!

—¿Está loca? —rió ella, desdeñosa—. ¿Quién creería semejante tontería?

—Yo la creo, y me basta —afirmó Crystal, con energía—. Voy a ir a las autoridades. Expondré el caso. Veremos si la dejan salir de Nueva York con Alex Miller, de regreso a ese lugar del que sin duda vinieron tras borrarle a él ese período de tiempo de su memoria… ¡Por eso trata de recordar, por eso las ratas, y palabras como *odio*, le inquietan y despiertan recuerdos dormidos en su subconsciente!

—Usted es muy lista, querida… —Silabeó Delta fríamente, con sus dorados ojos fijos en su rival—. Mucho. Tanto, que se está perjudicando notablemente. ¿Sabe que puedo aniquilarla ahora mismo, sin que revele a nadie lo que dice saber?

—Inténtelo —musitó Crystal—. Alex no permitirá que me haga daño alguno…

—Alex hará lo que yo diga —rió suavemente Delta—. Se me fue una vez de las manos por exceso de confianza. Ahora utilizaré todo mi poder mental, que es mucho. Alex Miller, ¿me escuchas bien?

—Sí —dije, como sonámbulo.

—Alex, voy a matar a tu prometida. Aquí mismo. En estos momentos.

—Delta… —musité.

—¡Voy a matar a Crystal Jones! —repitió fríamente—. Y tú

asistirás indiferente a esa ejecución. Tú no intervendrás en absoluto, ¿has entendido bien?

—Sí —afirmé despacio—. He entendido bien. Como tú digas, Delta querida…

—¡Alex, no puedes ser así! ¡No puedes actuar de ese modo! —gimió Crystal, mirándome patética—. ¡Ella no puede dominarte de tal forma! ¡Soy yo, Crys, tu prometida! ¡Y esa mujer, ese monstruo, va a asesinarme ante tus ojos! ¡No lo permitirás, Alex!

—Ya no eres mi prometida. No eres nadie —repliqué con toda frialdad—. No voy a intervenir en lo que haga Delta. Ella es quien debe decidir.

—Dios mío —sollozó Crystal—. Es horrible… Todo esto es horrible…

—Lamento que haya ido tan lejos en sus deducciones —sonrió malignamente Delta—. Si cuenta esas cosas a alguien, quizá resolvieran detenernos a Alex y a mí. Eso no me gustaría. Debemos partir de aquí, antes de que el ataque final se desencadene, y las ratas triunfen sobre todos ustedes… Alex debe sobrevivir. A mi lado, naturalmente…

Delta extrajo algo de entre sus extremadas ropas. Era un delgado tubo metálico con el que apuntó a Crystal. Una especie de cerbatana, pero manipulada con los largos dedos de su diestra. La muchacha dio un paso atrás, trémula de horror.

—¿Qué… qué pretende? —gimió.

—Sufrirá poco. Un dardo envenenado. Se clavará en su corazón.

—Descubrirán que fui asesinada…

—No lo crea. Las ratas borran toda huella. La devorarán en poco tiempo, yo me encargo de eso. Tuvo razón. Mucha razón en todo, querida. Es cierto que yo controlo a las ratas. Yo las doy órdenes a distancia. Control mental. Si, Crystal. Las ratas han sido dotadas de cerebro gracias a mí cerebro, que las rige. Es cuestión de un simple circuito mental de gran amplitud.

—Pero… ¡pero eso significa que es usted quien destruye al mundo!

—Claro. ¿Ahora se da cuenta?

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —clamó, angustiada, Crystal Jones.

—Muy sencillo. Por odio.

—¿Odio? —Se estremeció Crystal, mirándola sin entender—.

¿Odio a quién, y por qué?

—Es largo de explicar. Pero tiene una fácil demostración. Lamento causarle un último horror antes de matarla, Crystal Jones. De este modo, cuando menos, se irá a la eternidad sabiendo quién soy yo… y por qué odio al mundo que hizo de mí lo que ahora soy… ¡Mire esto, preciosa…! Es la razón de mi odio…

Y, de repente, Delta, la hermosa, la increíble y seductora Delta, la platinada belleza sin igual a ninguna otra… se convirtió en un monstruo aterrador.

CAPÍTULO V

INCLUSO yo en mi estupidez; temblé de horror. Pero el control hipnótico de Delta, sobre mi persona, era total, absoluto en estos momentos. No reaccioné, ni aun viendo lo que realmente era Delta, debajo de su falsa apariencia…

Ella se había limitado a usar su mano diestra para arrancar algo del rostro.

Una tenue, finísima mascarilla, hecha de algún tejido especial, de una materia plástica que era perfecta imitación de carne, de piel humana. Debajo, un horror viviente se mostró a todos.

Delta no tenía rostro.

En su lugar, una masa deforme, rugosa, en medio de la cual, tres boquetes informes señalaban la presencia de unas fosas nasales, sin nariz, y una boca sin labios, en la que encías y dientes producían el horrible efecto de una calavera viviente.

La piel aparecía toda oscurecida, arrugada y fea, monstruosamente fea. Por si eso fuera poco, la mano zurda de Delta seguía actuando. Y se acababa de despojar de otra máscara o envoltura artificiosa, hecha de un perfecto material que no hacía sino esconder el horror viviente que ella era…

Porque su pecho, su espléndido seno turgente, saltó ante mis ojos, como una simple envoltura plástica, revelando una ausencia total de formas, un torso arrugado, informe, en el que se marcaban las costillas, entre descarnadas cicatrices horribles. El cuerpo de Delta, como su faz, era el de una criatura alucinante, el de un ser abrasado o corroído por algún ácido cruel…

Gritó y gritó Crystal, llena de pavor ante la revelación inconcebible. Yo, pasivo, lo veía todo sin sentir emoción alguna, sin que mi cerebro reaccionase lo más mínimo. Delta, con voz ronca, trémula, murmuraba rudamente, la vista de sus ojos —sin pestañas ni párpados, fija en su rival:

—Ahora me ve como soy realmente… El mundo hizo esto conmigo. Fueron crueles, malvados… Ningún cirujano pudo arreglar mis deformidades. Sólo el artificio lo ocultó, gracias a un hallazgo químico de gran valor. Un genio de la química lo logró: el profesor Markiewicz, premio Nobel hace dos años… Ese plástico es obra suya. Lo más perfecto que existe. Pero sólo es un engaño… Esto me lo hicieron unos hombres, cuando luché por defenderme de sus ataques, cuando pretendían ultrajarme… Y eran hombres cultos, educados, gente aparentemente honesta. Algunos eran científicos… Todos son bestiales cuando el instinto nubla su razón. Al luchar, en los laboratorios donde prestaba mis servicios, me redujeron tirándome un frasco de ácido encima… Entonces huyeron, horrorizados por su acción, al ver humear mi carne corroída… Fui a las autoridades. No pude lograr nada, porque les dieron a ellos la razón. Se habían creado una coartada, aseguraron que yo misma me causé aquellas heridas por imprudencia… Eran influyentes, ricos, conocidos… Nadie levantó un dedo contra ellos.

Respiraba entrecortadamente. El aire escapaba desagradablemente por sus atroces orificios en aquella máscara de horror. Crystal escuchaba, como fascinada:

—Ésa es mi historia. Crystal Jones. Científicos, autoridades, gente rica, personas influyentes… Todos contra mí. La sociedad, el inundo, unido contra una mujer indefensa… Luego, conocí a Markiewicz. Él era diferente. Pero yo sólo le utilicé como un instrumento más de mi venganza. Su gran descubrimiento químico era un virus capaz de producir el odio. Él fue el primero en probarlo. Se lo apliqué yo, convirtiéndole en un hombre lleno de un odio irracional e inexplicable hacia la humanidad.

Siguieron otros, a los que Alex vio cambiar radicalmente, convirtiéndose en auténticas bestias feroces… Markiewicz no llega a tanto. Le inoculé la dosis para hacer de él un ser lleno de odio, pero controlando sus acciones e ideas… De cualquier modo, está sujeto a mí poder hipnótico y mental. Que ése sí es el gran descubrimiento del profesor Markiewicz. ¿Lo entiende, Crystal? ¡Un producto químico que desarrolla el cerebro poderosamente, que da una fuerza mil veces mayor a las células cerebrales, y convierte a quien lo utiliza, en amo y señor de otros cerebros más débiles, más fáciles de domar! Ese producto me fue inyectado a mí en mi masa

encefálica… Ahora, poseo el poder de controlar a distancia a legiones de seres tan fáciles de domesticar y dirigir como son las ratas… Pero para que nunca pueda perecer yo o alguno de mis aliados al hacerse las ratas dueñas y señoras del mundo, otro descubrimiento del profesor Markiewicz, un suero que es antídoto del virus del odio, propagado a las ratas con toda facilidad, para hacerlas más dóciles y feroces, fue inoculando en mi cuerpo. Y también se lo apliqué a Alex Miller… porque Alex me gusta y deseo que sea mío. Markiewicz es demasiado viejo para una mujer como yo, joven y apasionada, a pesar de mi deformación. Él seguirá amándome. Y seguirá a mí lado, no lo dude… Ahora, ya conoce la historia. Markiewicz le citó a su torre en las Rocosas, pero sólo porque yo se lo ordené. Había visto a otros reporteros, y me decidí por el más joven y arrogante. Él siempre pensó que yo era sólo una ayudante del profesor, no el auténtico cerebro de todo esto… Ahora, volvemos a la fortaleza en las montañas. Me desharé del profesor y de cuantos me estorben, para convivir de aquí en adelante sólo con Alex. Con el hombre que me pertenece. En cuanto a usted… buen viaje a la eternidad, Crystal Jones…

Se dispuso a disparar el dardo mortífero. Yo asistía imperturbable a la escena. Mi cerebro era incapaz de actuar de otro modo. Para mí, Delta seguía siendo hermosa. Y dueña de mi mente.

Y Crys iba a morir. Yo no sería quien lo impidiese.

En ese momento, en la emisora de radio que teníamos conectada en el apartamento, había cesado la música bailable. La voz de un locutor anunciaba dramáticamente:

—En estos momentos, señoras y señores, la situación alcanza su máxima crisis en la ciudad de Nueva York. Todos los circuitos de seguridad electrónicos han sido desconectados o destruidos, por una repentina descarga de energía en los centros de control del Gobierno. Las ratas han atacado esos centros, provocando la reacción en cadena que anula y destruye toda clase de ingenios electrónicos en funcionamiento, incluida la televisión local, que no podrá transmitir el mensaje del presidente. Nosotros informamos ahora a través de una emisora de emergencia con simple energía eléctrica…

Lo escuchaba todo como en sueños. Crys estaba a punto de morir. Delta iba a disparar el dardo mortal.

Y de repente…

CAPÍTULO VI

DE repente, todo cambió.

Noté una especie de chasquido en alguna parte de mi cabeza. Una sensación de repentino aturdimiento me sacudió. Me estremecí con violencia… ¡y de repente recordé todo!

No era sólo eso. De repente, pensaba, tenía mi propia voluntad, no me sentía sujeto a persona ni mente alguna…

No supe lo que había sucedido, pero sí supe que Crystal iba a morir. Y luché por impedirlo.

Me precipité sobre Delta. Ella, asombrada, me gritó algo, tratando aún de controlar mi mente. No le fue posible.

—¡Alex! ¿Qué haces? ¿Estás loco? —clamó ella.

Yo veía ahora su terrible fealdad, su monstruosa apariencia. Pero no era eso lo peor. La auténtica fealdad de Delta estaba en su maldad, en su cerebro, en su odio irracional, que ella pretendió transmitir a todos los demás.

Le golpeé brutalmente el brazo armado, y un dardo silbó clavándose en el techo. La golpeé también en su rostro abominable, y la oí gemir de dolor. Cayó de rodillas. Aun así intentó alzar su tubo mortífero, disparar sobre mí, sobre Crystal… Su voz era un ronquido rabioso, exasperado, lleno de furia y de ansia homicida.

Vi el tubo ante mis ojos, apuntándome fatídico. Supe que sólo tenía un recurso para salvarme. Era doloroso, pero necesario.

Mi arma estaba en el bolsillo todavía. Me bastó saltar, para eludir el primer dardo. Luego, se dispuso a lanzar otro que, fatalmente, me alcanzaría. Yo disparé a través del tejido de mi pantalón, tras meter la mano en el bolsillo.

La bala chamuscó la ropa. Alcanzó a Delta en el corazón. Fui compasivo con ella. No lo merecía, pero yo no podía ser igual que ella. La maté en el acto.

Luego, me encaminé a donde estaba, sollozando, Crystal. La

aparté del cadáver que yacía en la alfombra, con un oscuro agujero sobre su pecho monstruosamente devorado por el ácido.

—Vamos, Crys, querida… —susurré—. Vamos ya…

—Alex… ¡Alex, vuelves a ser tú mismo…!

—Sí, por fortuna… ya recuerdo todo. Y puedo pensar, controlar mi voluntad. Algo pasó en mi mente. Quisiera saber lo que fue…

—Alex, de todos modos… la radio ha informado de algo terrible…

—Lo sé. Lo oí. Podía oír, ver, enterarme de todo, pero no reaccionar —la llevé hacia la salida—. O mucho me equivoco, o las ratas se paralizarán, volverán a su situación anterior, ahora que ninguna mente superior las controla y dirige… Sólo les quedará su odio inoculado… Habrá que exterminarlas, pero ya no serán un ejército ordenado e inteligente… Muerta la mente que las dirigía, va no son sino vulgares ratas enloquecidas…

—¿Y… y la torre del profesor Markiewicz?

—Enviaremos allí aviones. Quizá haya que destruirla, no sé. De cualquier modo, la pesadilla se va a terminar, Crys. Y cuando ello suceda… seremos marido y mujer por fin.

—Alex… —musitó, abrazándose a mí, emocionada.

* * *

Y así fue.

Fuimos marido y mujer cuando todo terminó, y las ratas se batían en retirada, exterminadas implacablemente. Sólo más tarde, supe que en mi cerebro había sido injertada una pequeña pieza electrónica que dominaba mi voluntad y la reducía al poder mental de Delta. Una operación del neurocirujano Campbell, allá en la Torre del Odio…

Al producirse la descarga general de circuitos electrónicos, mi batería mental también sufrió esa misma descarga súbita, y me liberó…

Todavía sigo pensando que, en aquel momento, Dios estuvo con nosotros…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Alude a la novela de Hilton, Horizontes perdidos. < <

[2] En inglés, *Haytower*, como *Hatetower* suenan fonéticamente igual: *héltauer*. El primer nombre, nada significa. Sin embargo, el segundo, literalmente, es *Torre del odio*. De ahí el juego de palabras. < <